



Visita al territorio de Nick Hornby



1

Habían volado de Inglaterra a Minneapolis para mirar unos aseos. La verdad desnuda de esa realidad sólo se hizo consciente en Annie cuando de hecho estuvieron en su interior: aparte de los *graffiti* en las paredes, algunos de los cuales hacían algún tipo de referencia a la importancia de los retretes en la historia de la música, era un recinto húmedo, oscuro, maloliente y absolutamente común y corriente. Los norteamericanos eran muy buenos en lo de sacar el mayor partido al patrimonio común, pero ni siquiera ellos dos podían hacer mucho más en aquel lugar.

—¿Tienes la cámara, Annie? —dijo Duncan.

—Sí. Pero ¿qué quieres fotografiar?

—Bueno, ya sabes...

—No.

—Bueno..., pues el urinario.

—¿Qué...? ¿Cómo les llamas a estas cosas?

—Mingitorios. Eso.

—¿Quieres salir en la foto?

—¿Hago como que estoy meando?

—Si quieres...

Duncan se puso delante del mingitorio del medio de los tres que había, con las manos frente a él en ademán convincente, y sonrió a Annie mirando hacia atrás por encima del hombro.

—¿Ya?

—No estoy segura de que haya funcionado el flash.

—Saca otra. Sería idiota haber venido hasta aquí y no conseguir una buena.

Esta vez Duncan se quedó de pie dentro de uno de los excusados, con la puerta abierta. Por alguna razón la luz era mejor allí dentro. Annie consiguió una buena fotografía de un varón en un retrete público, la imagen que cabría esperar en esos casos. Cuando Duncan se apartó, Annie pudo ver que el inodoro, como casi todos los de los clubs de rock que había visto en su vida, estaba atascado.

—Vamonos —dijo Annie—. Ese ni siquiera quería dejarme entrar.

Era verdad. Al principio el tipo de detrás de la barra había sospechado que buscaban un sitio donde meterse un pico, o incluso fornicar. Al final —y de forma bastante hiriente— había decidido claramente que no eran capaces de hacer ninguna de las dos cosas.

Duncan le dirigió una última mirada y sacudió la cabeza.

—Si los retretes hablaran, ¿eh?

Annie se alegraba de que aquél no pudiera hacerlo. Duncan habría querido quedarse charlando con él toda la noche.

La mayoría de la gente no sabe mucho de la música de Tucker Crowe, y no digamos de los momentos más oscuros de su carrera, así que tal vez no esté fuera de lugar contar otra vez la historia de lo que le pudo o no pasar en los aseos del Pits Club. Crowe estaba en Minneapolis para una actuación, y se había presentado en el Pits Club para ver a un grupo local llamado los Napoleón Solo, del que había oído muy buenos comentarios. (Algunos fans acérrimos de Crowe, entre los que se contaba Duncan, tenían una copia del único álbum del grupo, *The Napoleón Solos Sing Their Songs and Play Their Guitars*).^[1] En mitad de la actuación, Tucker fue al aseo. Nadie sabe lo que le sucedió allí dentro, pero, cuando salió, volvió directamente al hotel y llamó por teléfono a su mánager para que cancelara lo que quedaba de la gira. A la mañana siguiente empezó lo que nosotros ahora consideramos su jubilación. Eso fue en junio de 1986. Desde entonces nadie ha oído nada de él —no hay nuevas grabaciones, ni actuaciones, ni entrevistas—. Si adoras a Tucker Crowe tanto como lo adoran Duncan y un par de miles de personas diseminadas por el mundo, el aseo de caballeros de ese club tiene muchas cosas que decir. Y dado que —como Duncan

observó acertadamente— ese aseo no puede hablar, los fans de Crowe tienen la obligación de hablar en su nombre. Hay quienes sostienen que Tucker vio a Dios, o a alguno de Sus Representantes; otros, que tuvo una experiencia que lo puso a las puertas de la muerte después de una sobredosis. Otra versión afirma que sorprendió a su novia haciendo el amor con el bajo de su grupo, si bien Annie consideraba esta hipótesis un tanto fantasiosa. ¿Podía la visión de una mujer follándose a un músico en un retrete haber causado realmente aquellos veintidós años de silencio? Puede que sí. Quizá Annie no había sentido nunca una pasión tan intensa. En cualquier caso... Pasara lo que pasare, lo único que uno ha de saber al respecto es que algo muy profundo y *capaz* de cambiar la vida de una persona tuvo lugar en el cubículo más pequeño de un pequeño club.

Annie y Duncan se hallaban en la mitad de una peregrinación de Tucker Crowe. Habían recorrido Nueva York mirando en varios clubs y bares que tenían algún tipo de relación con Crowe, aunque la mayoría de estos sitios de interés histórico eran ahora tiendas de ropa de diseño o sucursales de McDonald's. Habían estado en la ciudad de su infancia, Bozeman, Montana, donde —de forma emocionante— una anciana salió de su casa para decirles que Tucker, de chiquillo, lavaba el viejo Buick de su marido. La antigua casa de la familia Crowe era pequeña y agradable, y ahora era propiedad del director de una pequeña empresa de artes gráficas, que se sorprendió mucho al saber que habían viajado desde Inglaterra para ver el exterior de su casa pero no les invitó a entrar. De Montana volaron a Memphis para visitar el lugar en el que había estado el viejo American Sound Estudio (demolido en 1990), donde Tucker, borracho y doliente, había grabado *Juliet*, su legendario álbum de ruptura y uno de los preferidos de Annie. Quedaba aún Berkeley, California, donde Juliet —en la vida real una antigua modelo de vida social muy activa llamada Juliet Beatty— seguía viviendo hasta el día de hoy. Se plantarían delante de su casa, como se habían plantado ante la casa del impresor, hasta que a Duncan se le agotaran las razones para seguir mirando, o hasta que Julie llamara a la policía, algo que ya le había acontecido a un par de fans de Crowe de los que Duncan tuvo noticia en un tablón de mensajes de Internet.

Annie no se arrepentía de aquel viaje. Había estado en los Estados Unidos un par de veces, en San Francisco y Nueva York, pero le gustaba que Tucker la llevara a sitios que de otra manera ella nunca habría visitado. Bozeman, por ejemplo, resultó ser una pequeña y preciosa ciudad de montaña, rodeada de cadenas montañosas de exóticos nombres de los que no había oído hablar en su vida: el Big Belt, el Tobacco Root, los Spanish Peaks. Después de quedarse mirando la pequeña y anodina casa, fueron andando hasta la ciudad y tomaron té helado en la soleada terraza de un café «biológico», mientras a lo lejos un ocasional Spanish Peak, o tal vez la punta de un Tobacco Root, amenazaban con punzar el frío cielo azul. Había vivido mañanas peores que aquélla en vacaciones que habían prometido mucho más. En lo que a ella concernía, era una especie de gira por Norteamérica aleatoria, siguiendo un mapa marcado con pins. Acabó asqueada de oír hablar de Tucker, por supuesto, y de hablar de él y de escucharle y de tratar de entender las razones que había detrás de cada decisión creativa y personal que había tomado a lo largo de su carrera. Pero también había acabado asqueada de oír hablar de él en casa, y prefería con mucho acabar hasta el gorro de él en Montana o Tennessee que en Gooleness, la pequeña ciudad costera de Inglaterra donde compartía casa con Duncan.

El único lugar que no estaba en el itinerario era Tyrone, Pennsylvania, donde —se creía— vivía Tucker, aunque, como sucede con todas las ortodoxias, había también herejes: dos o tres integrantes de la comunidad de Crowe suscribían la teoría —interesante pero absurda, según Duncan— de que vivía en Nueva Zelanda desde principios de los noventa. Tyrone ni siquiera se había mencionado como posible destino cuando planearon el viaje, y Annie creía que entendía por qué. Un par de años atrás, un fan viajó hasta Tyrone y anduvo dando vueltas hasta encontrar lo que creyó que era la granja de Tucker Crowe; y volvió con una fotografía de un hombre de aire inquietantemente quejumbroso que le apuntaba con una escopeta. Annie había visto la fotografía muchas veces y le parecía penosa. La cara del hombre estaba desfigurada por la rabia y el miedo, como si todo aquello por lo que había trabajado y todo aquello en lo que creía estuviera siendo destruido por una Canon Sureshot. A Duncan no le preocupaba demasiado

la violación de la intimidad de Crowe: el fan, Neil Ritchie, gozaba de un nivel de fama y respeto al estilo de Zapruder^[2] entre los fieles de Crowe que Annie sospechaba que Duncan más bien envidiaba. Lo que afectó mucho a Duncan fue el hecho de que Tucker Crowe llamara «puto imbécil» a Neil Ritchie. El nunca habría soportado algo semejante.

Después de haber estado en los aseos del Pits, siguieron el consejo del portero y comieron en un restaurante tailandés del Riverfront District, a unas cuantas manzanas de distancia. Resultó que Minneapolis estaba a orillas del Mississippi —¿quién iba a saberlo aparte de los norteamericanos y de casi todo aquel que haya prestado atención a las clases de geografía?—, así que Annie acabó viendo algo que nunca había esperado ver, aunque una vez allí, en su extremo menos romántico, el río se parecía decepcionantemente al Támesis. Duncan estaba animado y parlanchín, y aún era incapaz de creerse del todo que acababa de estar en el lugar al que tanta energía imaginativa había dedicado a lo largo de los años.

—¿Crees que es posible dar un curso entero sobre el retrete?

—¿Estando sentado en él, quieres decir? No pasarías ni la inspección de Sanidad.

—No me refería a eso.

A veces a Annie le habría gustado que Duncan tuviera un sentido del humor más fino —un sentido más fino: capaz, al menos, de hacerle comprender que las cosas pueden tratarse de forma humorística—. Sabía que era demasiado tarde para esperar bromas de verdad.

—Me refería a dar un curso entero sobre los servicios del Pits Club.

—No.

Duncan la miró.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Estoy diciendo que un curso entero sobre la visita de Tucker Crowe a los aseos de caballeros hace veinte años no sería demasiado interesante.

—Incluiría otras cosas.

—¿Otras visitas a retretes de la historia?

—No. Otros momentos cruciales en las carreras profesionales de las personas.

—Elvis también tuvo un buen momento en un retrete. Y también fue bastante crucial en su carrera.^[3]

—Morirse es diferente. Es demasiado involuntario. John Smithers escribió un trabajo sobre esto para la página web. La muerte creativa versus la muerte real. Era bastante interesante, la verdad.

Annie asintió con la cabeza con entusiasmo, mientras al mismo tiempo abrigaba la esperanza de que Duncan imprimiera ese artículo y se lo pusiera delante al volver a casa.

—Prometo que después de estas vacaciones dejaré de ser tan Tuckercéntrico —dijo.

—No te preocupes. No importa.

—Quería hacer esto desde hace tiempo.

—Lo sé.

—Lo expulsaré de mi sistema.

—Espero que no.

—¿De veras?

—¿Qué quedaría de ti si lo hicieras?

No había querido ser cruel. Llevaba con Duncan casi quince años, y Tucker Crowe había sido siempre parte del lote, como una discapacidad. Para empezar, esta tara no le había impedido llevar una vida normal: sí, había escrito un libro (aún no publicado) sobre Tucker, había dado conferencias sobre él, había participado en un documental de la BBC y había organizado congresos, pero de algún modo estas actividades siempre le habían parecido a Annie episodios aislados, ataques esporádicos.

Pero llegó Internet y lo cambió todo. Cuando —un poco más tarde que los demás— Duncan descubrió cómo funcionaba el asunto, creó una página web llamada «¿Puede oírme alguien?», título de uno de los «cortes» de un EP oscuro de Crowe, grabado después del fracaso hiriente de su primer álbum. Hasta entonces, el fan más cercano era un individuo que vivía en Manchester, a unos cien o ciento veinte kilómetros de distancia, y Duncan

se veía con él una o dos veces al año. Ahora, los fans más cercanos vivían en su portátil, y eran centenares, de todo el mundo, y Duncan hablaba con ellos continuamente. Al parecer existía un asombroso montón de cosas sobre las que hablar. La página web tenía una sección de «Últimas noticias» que nunca dejaba de divertir a Annie, pues no se podía decir que Tucker estuviera haciendo gran cosa en la actualidad. («Que nosotros sepamos», añadía siempre Duncan.) Pero siempre había algo que pasaba por noticia entre sus fieles seguidores —una «noche Crowe» en un programa de radio por Internet, un nuevo artículo, un álbum recién editado de un antiguo miembro de su banda, una entrevista con un ingeniero de sonido—. El grueso del contenido, sin embargo, eran análisis de las letras, o rastreos de influencias, o conjeturas —al parecer inagotables— sobre su silencio. No es que Duncan no tuviera otros intereses. Poseía unos conocimientos de especialista sobre el cine independiente norteamericano de los años setenta y las novelas de Nathaniel West, y estaba desarrollando un enfoque nuevo y atractivo de las series de la HBO —pensaba que en un futuro no muy lejano estaría preparado para enseñar *The Wire*—. Pero todo esto no eran más que flirteos, comparado con su pasión principal. Tucker Crowe era el compañero de su vida. Si Crowe tenía que morir —morir en la vida real, por así decir, más que en el mundo de la creatividad— Duncan lideraría su duelo. (Ya tenía escrita su necrológica. De vez en cuando se preocupaba mucho sobre si debía enseñársela ya a un reputado periódico o esperar a que llegara el momento.)

Si Tucker era el marido, Annie tendría que ser más o menos la amante, pero, por supuesto, el vocablo no sería acertado: era demasiado exótico e implicaba un nivel de actividad sexual que en la actualidad habría horrorizado a ambos. Los habría intimidado incluso en los primeros tiempos de su relación. A veces Annie se sentía menos una novia que una compinche del colegio que hubiera llegado de visita en vacaciones y se hubiera quedado durante los veinte años siguientes. Los dos se habían ido a vivir a la misma ciudad costera inglesa más o menos al mismo tiempo; Duncan para acabar su tesis y Annie para dar clases, y los habían presentado unos amigos comunes que vieron claramente que, aunque no llegaran a nada más, podían charlar de libros y de música, ir al cine, viajar a

Londres de vez en cuando para ir a exposiciones y espectáculos y conciertos. Gooleness no era una ciudad sofisticada. No había cine de arte y ensayo, ni comunidad gay, ni siquiera una Waterstone's^[4] (la más cercana estaba carretera adelante, en Hull), y sintieron un gran alivio al conocerse. Empezaron a tomar copas juntos por la noche, y a quedarse a dormir uno en casa del otro los fines de semana, hasta que tales estancias se convirtieron en algo prácticamente indistinguible de la cohabitación. Y habían seguido y seguido así, estancados en un mundo perpetuo de posgraduados donde los conciertos de rock y los libros y las películas les importaban mucho más que a otras personas de su edad.

La decisión de no tener hijos no la habían tomado nunca, y nunca había habido ninguna discusión que les hubiera llevado a posponer tal decisión. El «quedarse a dormir» en casa de uno o de otro no tenía nada que ver en este asunto. Annie podía imaginarse como madre, pero Duncan no era precisamente la idea que uno podía tener de un padre, y, en todo caso, ninguno de los dos se habría sentido cómodo tratando de consolidar su relación de esa manera. No era eso lo que buscaban. Y ahora, con una irritante previsibilidad, Annie estaba pasando por lo que todo el mundo le había dicho que pasaría: se moría por tener un hijo. Y tal anhelo la acuciaba cada vez que tenía lugar cualquiera de los acontecimientos dolientes-dichosos normales de la vida: Navidad, el embarazo de una amiga, el embarazo de una completa desconocida con la que se topaba por la calle. Y, que ella supiera, deseaba un hijo por las razones normales por las que una mujer desea un hijo. Quería sentir el amor incondicional, en lugar del afecto condicional y tibio que podía arrancar de Duncan de vez en cuando; quería que la abrazara alguien que jamás cuestionara ese abrazo, su porqué o su quién o su durante cuánto tiempo. Y había otra razón: necesitaba saber que podía tenerlo, que había vida dentro de ella. Duncan la había anestesiado, y ella, en su sueño, había quedado asexuada.

Superaría todo esto, seguramente; o al menos lo vería convertido en una pena nostálgica, más que en una carencia punzante. Pero aquellas vacaciones no se habían planeado para confortarla. Podría argumentarse que más valía cambiar pañales que andar fisgando en urinarios de hombres. La

cantidad de tiempo que tenían para sí mismos estaba empezando a ser un tanto... *menguante*.

Durante el desayuno en el hotel barato y desagradable del centro de San Francisco, Annie leyó el *Chronicle* y decidió que no quería ver el seto que ocultaba el jardín delantero de la casa de Julie Beatty en Berkeley. Había montones de otras cosas que hacer en la zona de la Bahía. Quería ver Haight-Ashbury, quería comprar un libro en City Lights, quería visitar Alcatraz, quería pasear por el Golden Gate. Había una exposición de arte de posguerra de la Costa Oeste en el Museo de Arte Moderno, a poca distancia del hotel. Se alegraba de que Tucker los hubiera atraído hasta California, pero no quería pasarse la mañana atenta a si los vecinos de Julie decidían si Duncan y ella suponían o no un peligro.

—Bromeas —dijo Duncan.

Annie se echó a reír.

—No —dijo—. Se me ocurren mejores cosas que hacer.

—¿Y lo dices ahora que hemos venido hasta aquí? ¿Por qué te pones así de repente? ¿Es que no te interesa esto? O sea, ¿que pueda salir en coche del garaje mientras estamos fuera?

—Me sentiría aún más idiota —dijo ella—. La tal Beatty me miraría y pensaría: «No me extraña, tratándose de él. Es uno de esos tíos que evitas a toda costa. Pero ¿qué está haciendo aquí una mujer?»

—Me estás tomando el pelo.

—No, de verdad que no, Duncan. Vamos a pasar en San Francisco veinticuatro horas, y no sé cuándo podré volver. Así que ir a la casa de una mujer... Si pudieras pasar un día en Londres, ¿lo pasarías delante de la casa de alguien, en, no sé..., Gospel Oak?

—Pero si hubieras ido a Londres a ver la casa de alguien en Gospel Oak... Y no es la casa de una mujer cualquiera, lo sabes perfectamente. Es la casa donde sucedieron las cosas. Voy a ponerme donde él se puso.

No, no era una casa cualquiera. Todo el mundo —una vez dejado a un lado casi todo el mundo— lo sabía. Julie Beatty vivía en ella con su primer marido, que daba clases en Berkeley, cuando conoció a Tucker en una fiesta

en casa de Francis Ford Coppola. Dejó a su marido aquella misma noche. No mucho después, sin embargo, se lo pensó mejor y volvió a casa a hacer las paces con él. Esa era la historia, al menos. Annie jamás había entendido bien cómo Duncan y demás cohorte de fans podían estar tan seguros sobre ciertas conmociones privadas acontecidas décadas atrás, pero lo estaban. «*You and Your Perfect Life*», la canción de siete minutos que pone broche al álbum, se supone que habla de la noche en que Tucker se plantó delante de la casa «tirando piedras contra las ventanas / hasta que él salió a la puerta; / ¿dónde estaba usted, señora de Steven Balfour?». El marido no se llamaba Nieven Balfour —huelga aclararlo—, y la elección de ese nombre ficticio había suscitado inevitablemente multitud de especulaciones en los tablones de mensajes del ciberespacio. La teoría de Duncan era que le habían puesto ese nombre por el primer ministro británico, el hombre acusado por Lloyd George de haber convertido la Cámara de los Lores en el «caniche del señor Balfour». Julie, por extensión, se había convertido en el caniche de su marido. Esta interpretación es considerada hoy definitiva por la comunidad tuckeriana, y si uno consulta «*You and Your Perfect Life*» en la Wikipedia, parece que encontrará el nombre de Duncan en las notas a pie de página, con un enlace de su trabajo sobre el asunto. Nadie en la página ha osado nunca preguntarse si ese apellido se escogió simplemente porque rimaba con la palabra «puerta».^[5] A Annie le encantaba «*You and Your Perfect Life*». Le encantaba su ira implacable y el modo en que Tucker iba de la autobiografía al comentario social al convertir la canción en una diatriba contra la manera en que los hombres anulaban a sus mujeres. Normalmente no le gustaban los solos rugientes de guitarra, pero le encantaba la forma en que aquel solo rugiente de guitarra de «*You and Your Perfect Life*» parecía tan elocuente e iracundo como la propia letra. Y le encantaba la ironía del conjunto: cómo Tucker, el hombre que meneaba el dedo en dirección a Steven Balfour, había anulado a Julie más integralmente de lo que su marido había logrado anularla nunca. Era la mujer que habría de romper el corazón de Tucker para siempre. Sintió lástima de Julie, que había tenido que vérselas con hombres como Duncan, que tiraban piedras contra su ventana —metafóricamente, y es probable que incluso literalmente— cada dos por tres desde que la canción vio la luz.

Pero también la envidiaba. ¿Quién no desearía despertar tal pasión en un hombre, tal infelicidad e inspiración? Si no eres capaz de escribir canciones, lo mejor que puedes hacer es sin duda lo que hizo Julie.

Pero Annie siguió sin querer ver la casa de Julie. Después del desayuno cogió un taxi hasta el otro lado del Golden Gate, y emprendió el camino de vuelta a pie a la ciudad, con el viento salobre avivando su gozo de estar sola.

Duncan se sintió un tanto raro yendo a la casa de Julie sin Annie. Era ella quien solía organizar el transporte a dondequiera que fueran, y era ella la que sabía volver al lugar de donde habían partido. Él habría dedicado su energía mental a Julie, la persona, y a *Juliet*, el álbum. Intentaba escucharlo dos veces de principio a fin, la primera en su forma publicada y la segunda con las canciones en el orden que Tucker Crowe había concebido originalmente para ellas —según el ingeniero de sonido que estuvo a cargo de las sesiones de grabación—. Pero eso no le iba a funcionar ahora, porque necesitaría toda su concentración para el BART.^[6] Según había entendido, tenía que entrar en Powell Street y tomar la línea roja hasta North Berkeley. Parecía fácil, pero, por supuesto, no lo era, porque una vez que estuvo en el andén no fue capaz de distinguir un tren de la línea roja de otro que no lo era. Y no podía preguntar a nadie. Preguntar a alguien habría puesto de manifiesto que no era nativo, y aunque eso no tenía la menor importancia en Roma o París, o incluso en Londres, sí importaba allí, donde habían acontecido tantas cosas que a él tanto le importaban. Y, como no había podido preguntar, acabó en un tren de la línea amarilla —aunque no pudo saber que lo era hasta que llegó a Rockridge—, lo que supuso que tuvo que volver hasta la parada de la calle 19 con Oakland para cambiar de línea. ¿Qué le pasaba a Annie? Sabía que ella no era tan fan de Tucker Crowe como él, pero pensaba que en los últimos años había ido entrando más y más en esa devoción, como era de esperar. Un par de veces había vuelto a casa y la había encontrado escuchando «You and Your Perfect Life», aunque no había logrado interesarla en la infame —pero superior— versión de la grabación pirata en el Bottom Line,^[7] cuando Tucker había hecho

años la guitarra al final del solo. (El sonido era un poco turbio —hay que admitirlo—, y había un borracho muy molesto que no paraba de gritar «Rock and roll» en el micrófono —y precisamente en el último verso— de quien estaba grabando en directo, pero si lo que Annie buscaba era ira y dolor, era allí donde encontrarlo.) Él había tratado de fingir que la decisión de Annie de no ir con él era perfectamente comprensible, pero lo cierto es que estaba muy dolido. Dolido y, momentáneamente al menos, perdido.

El hecho de llegar hasta North Berkeley Station lo vivió como una auténtica hazaña, y —como premio— se permitió el lujo de preguntar qué debía hacer para ir a Edith Street. Estaba bien no conocer la dirección de una vía residencial. Ni los nativos tenían por qué saberlo todo. Claro que en cuanto abrió la boca, la mujer que había elegido para preguntarle le dijo enseguida que había pasado un año en Kensington, Londres, después de terminar la enseñanza secundaria.

No había imaginado que las calles fueran tan largas y empinadas, ni que las casas estuvieran tan apartadas unas de otras, y cuando encontró la casa en cuestión estaba sudoroso y sediento (y reventaba de ganas de hacer pis). No había duda de que habría tenido la cabeza más lúcida si se hubiera parado en algún local cercano a la estación para beber algo e ir a los aseos. Pero ya había estado sedento y con necesidad de hacer pis con anterioridad, y siempre había resistido la tentación de irrumpir en la casa de un desconocido.

Cuando llegó al 1131 de Edith Street, vio a un adolescente sentado en la acera, con la espalda apoyada en la valla, que parecía levantada sencillamente para impedirle acercarse más a la casa. Debía de tener entre diecisiete y diecinueve años, y pelo largo y grasiendo, y una perilla muy delgada, y cuando se dio cuenta de que Duncan venía a observar la casa, se puso de pie y se sacudió el polvo.

—Hola —dijo.

Duncan se aclaró la garganta. No lograba decidirse a devolverle el saludo, pero le dirigió un «¿Qué hay?» en lugar de un «Hola», para darle a entender que se manejaba en un registro informal.

—No están en casa —dijo el jovencito—. Creo que es muy posible que se hayan ido a la Costa Este. A los Hamptons o a cualquier mierda de sitio por el estilo.

—Oh, vale. Bien.

—¿Les conoces?

—No, no. Yo sólo... Ya sabes, soy..., bueno, un croweólogo. Pasaba por el barrio y..., bueno, pensé que..., ya sabes...

—¿Eres inglés?

Duncan asintió con la cabeza.

—¿Has venido desde Inglaterra para ver dónde tiró las piedras Tucker Crowe?

El joven rio, así que Duncan también se echó a reír.

—No, no. Dios, no. ¡Ja! Tengo asuntos que resolver en la ciudad, y pensé, ya sabes... ¿Y tú qué estás haciendo aquí?

—*Juliet* es mi álbum preferido de todos los tiempos.

Duncan asintió otra vez. El profesor que había en él sentía la necesidad de señalar la incongruencia; pero el fan que también había en él lo comprendía perfectamente. ¿Cómo no iba a comprenderlo? Aunque él no se sentaba en la acera. El plan de Duncan era mirar, imaginar la trayectoria de las piedras, quizá sacar alguna fotografía y luego marcharse. El joven, sin embargo, parecía contemplar la casa como si fuera un lugar de gran importancia espiritual, un lugar que predisponía a una profunda paz interior.

—He estado aquí unas seis o siete veces —dijo el joven—. Y siempre lo flipo.

—Sé lo que quieras decir —dijo Duncan, aunque no lo sabía. Quizá era la edad, o el hecho de ser inglés, pero él no sentía que «lo flipaba»; aunque tampoco se esperaba nada parecido. Al fin y al cabo, estaban delante de una casa unifamiliar agradable, no del Taj Mahal. En cualquier caso, la necesidad de hacer pis le impedía una apreciación cabal del momento.

—No sabrás por casualidad... ¿Cómo te llamas?

—Elliott.

—Yo soy Duncan.

—¿Qué hay, Duncan?

—Elliott, ¿sabes por casualidad si hay algún Starbucks por aquí cerca? ¿O algo parecido? Necesito ir al baño.

—¡Ja! —dijo el jovencito.

Duncan se quedó mirándole. ¿Qué clase de respuesta era aquélla?

—Sé de un sitio aquí cerca. Pero me prometí a mí mismo no volver a usarlo.

—Ya —dijo Duncan—. Pero ¿te importaría si lo uso yo?

—Un poco. Porque sería como no cumplir mi promesa.

—Oh. Bueno, como no entiendo realmente qué tipo de promesa se puede hacer con respecto a un lavabo público, no estoy seguro de poder ayudarte en tu dilema ético.

El joven se echó a reír.

—Me encanta cómo habláis los ingleses. Dilema ético... Genial.

Duncan no le contradijo, aunque se preguntó cuántos de sus alumnos allá en Inglaterra habrían sido capaces de repetir la expresión correctamente —y no digamos utilizarla ellos por su cuenta.

—Pero no crees que puedas ayudarme.

—Oh, bueno... Tal vez. ¿Qué tal si te digo cómo ir pero no voy contigo?

—No esperaba que vinieras conmigo, si te digo la verdad.

—No. Muy bien. Te explicaré. El baño más cercano está allí dentro.

Elliott señaló el camino de entrada en dirección a la casa de Juliet.

—Sí, ya me lo imaginaba —dijo Duncan—, pero eso no me sirve de mucho.

—Sí, porque yo sé dónde dejan una llave.

—Me estás tomando el pelo.

—No. He estado dentro tres veces. Una para ducharme. Y otro par de veces para echar un vistazo. Nunca he robado nada de valor. Sólo, ya sabes, pisapapeles y porquerías de éas. Souvenirs.

Duncan examinó la cara del joven para determinar si se trataba de una broma sutil, un sarcasmo dirigido a los croweólogos, y decidió que Elliott no había hecho una broma desde que cumplió diecisiete años.

—¿Entraste en la casa cuando ellos estaban fuera?

El joven se encogió de hombros.

—Sí. Me siento mal por haberlo hecho; por eso me resistía a decírtelo.

Duncan, de pronto, se percató de que en el suelo había un dibujo de un par de pies hecho de tiza, y una flecha que apuntaba hacia la casa. Los pies del Tucker —seguramente— y la dirección de las piedras que había arrojado. Deseó no haber visto aquel dibujo. Le dejaba menos cosas por hacer.

—En fin, no puedo hacerlo.

—No. Ya. Te entiendo.

—¿No hay ningún sitio más?

Edith Street era una calle larga y arbolada, y la siguiente calle que la cruzaba era también larga y arbolada. Era ese tipo de barrio residencial cuyos vecinos tienen que coger el coche para ir a comprar un litro de leche.

—No en un radio de dos o tres kilómetros.

Duncan infló las mejillas, un gesto —se daba cuenta, incluso mientras lo estaba haciendo— destinado a despejar el camino para una decisión que ya tenía tomada. Podría haberse ido detrás del seto, podría haberse marchado en ese mismo instante a la estación para buscar una cafetería y volver luego si lo juzgaba necesario. Que no era el caso, la verdad, porque había visto todo lo que había que ver. Esa era la raíz del problema. Si se hubieran... *dispuesto* más cosas para la gente como él, no habría tenido que organizarse él mismo toda aquella excitante aventura. No habría sido tan letal para Julie haber señalado de alguna forma la importancia del lugar, ¿no es cierto? ¿Una discreta placa o algo semejante? No estaba preparado para la mundanidad de la casa de Juliet, del mismo modo que no había estado realmente preparado para la funcionalidad fétida de los urinarios de Minneapolis.

—¿Dos o tres kilómetros? No creo que pueda aguantar tanto.

—Tú decides.

—¿Dónde está la llave?

—Hay un ladrillo suelto en el porche. En la parte de abajo.

—¿Estás seguro de que la llave sigue estando allí? ¿Cuándo miraste por última vez?

—¿Con sinceridad? Justo antes de que tú llegaras. No he cogido nada de nada. Pero nunca acabo de creerte que estoy en la casa de Juliet, ¿sabes?

¡Jodida. *Juliet*, tío!

Duncan sabía que él y Elliott no eran la misma cosa. Elliott seguramente nunca había escrito sobre Crowe —o, si lo había hecho, el resultado habría sido casi con toda certeza impublicable—. Duncan también dudaba de que Elliott poseyera la madurez emocional suficiente para apreciar el logro sobrecogedor de *Juliet* (que, a juicio de Duncan, era un álbum de temas más oscuro, más hondo, más absolutamente «redondo» que el sobrevalorado *Blood on the Tracks*); y tampoco habría sido capaz de rastrear sus influencias: Dylan y Leonard Cohén, por supuesto, pero también Dylan Thomas, Johnny Cash, Gram Parsons, Shelley, el Libro de Job, Camus, Pinter, Beckett y la primera Dolly Parton. Pero la gente que no entendía todo esto podría mirarles y concluir, erróneamente, que en cierto modo eran parecidos. Los dos tenían la misma necesidad, por ejemplo, de estar de pie en aquella acera, enfrente de la puta casa de *Juliet*. Duncan siguió a Elliott por el corto camino de la entrada, y cuando llegaron al porche observó cómo el jovencito hurgaba tras el ladrillo, sacaba la llave y abría la puerta.

La casa estaba a oscuras, con todas las persianas echadas, y olía a incienso, o quizá a algún otro tipo de mezcla exótica. Duncan no podría haber vivido allí, pero seguramente Julie Beatty y su familia no tenían los nervios de punta —como los tenía él— cuando estaban en casa. El olor intensificó su miedo, y le hizo vacilar ante la disyuntiva de vomitar o no.

Había cometido un gran error, pero ya no podía hacer nada para remediarlo. Estaba dentro de la casa, de modo que aunque no utilizara el cuarto de baño ya había cometido un delito. Idiota. E idiota aquel jovencito, también, por convencerle de que era una buena idea.

—Hay un pequeño aseo aquí en la planta baja, con cosas bastante interesantes en las paredes. Retratos a lápiz y mierdas de éas. Pero en el cuarto de baño de arriba puedes ver sus maquillajes y sus toallas y demás. Da un poco de miedo. O sea, no a ella, claro. Pero resulta un poco fantasmal cuando casi ni te crees que ella exista de verdad.

Duncan entendió el irresistible deseo de fisgar en los potingues de Julie Beatty, y tal entendimiento acrecentó el odio que sentía contra sí mismo.

—Sí, pero no voy a tener tiempo para andar husmeando —dijo Duncan, con la esperanza de que Elliott no se pusiera a denunciar las lagunas obvias de su aserto—. Tú indícame dónde está el de aquí abajo.

Estaban en un gran vestíbulo con varias puertas que daban a diferentes piezas de la casa. Elliott señaló con un gesto de cabeza una de ellas, y Duncan se dirigió hacia ella con paso vivo —un inglés con citas urgentes de negocios en la Costa Oeste, que había robado unas horas a su agenda frenética para quedarse de pie en una acera y luego allanar la morada de alguien sencillamente porque sí.

Orinó tan ruidosamente como pudo, sólo para probarle a Elliott que su necesidad era genuina. Le decepcionó, sin embargo, la iconografía prometida. Había un par de retratos a carboncillo, uno de Julie y el otro de un hombre de edad mediana que conservaba el aire de las viejas fotos que Duncan había visto de su marido, pero parecían obra de alguno de esos artistas que merodean por los lugares llenos de turistas, y ninguno de los dos era de una fecha post-Tucker, lo que significaba que podían haber sido estampas de cualquier pareja norteamericana de clase media. Se estaba lavando las manos en el minúsculo lavabo cuando Elliott le gritó a través de la puerta:

—Ah, y luego está el dibujo. Sigue colgado en el comedor.

—¿Qué dibujo?

—El dibujo que Tucker le hizo a Julie, entonces.

Duncan abrió la puerta y se quedó mirándole.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que Tucker también es dibujante, ¿no?

—No. —Y entonces, al darse cuenta de que su respuesta le hacía aparecer como un aficionado, añadió—: Bueno, claro. Por supuesto. Pero no sabía que...

No sabía qué no sabía, pero Elliott no se dio cuenta.

El comedor estaba en la parte de atrás de la casa, y tenía unas puertas vidrieras que probablemente daban a una terraza o a un césped (las persianas estaban echadas). El retrato estaba colgado en la pared de encima de la chimenea, y era muy grande, de un metro por un metro veinte aproximadamente, y representaba a Julie —cabeza y hombros— de perfil,

mirando con ojos entrecerrados algo que había a media distancia a través del humo de un cigarrillo.

Parecía, de hecho, que ella a su vez miraba detenidamente otra obra de arte. Era un retrato bello, reverencial y romántico, pero no idealizado —era demasiado triste para eso, sin ir más lejos—. De alguna forma parecía sugerir el final inminente de la relación del artista con la modelo (aunque por supuesto era posible que Duncan sólo lo estuviera imaginando). Era posible que estuviera imaginando su significado; era posible que estuviera imaginando su poder y su hechizo. Y, ciertamente, ni siquiera estaba seguro ciento por ciento de no estar imaginando el retrato mismo.

Duncan se acercó. Había una firma al pie, en el ángulo inferior izquierdo, y aquella firma era tan emocionante en sí misma que justificaba una contemplación y un examen individualizados. En un cuarto de siglo de devoción de fan, jamás había visto la letra de Tucker. Y mientras miraba fijamente aquella firma, cayó en la cuenta de algo más: que, desde 1986, no había podido reaccionar ante una obra de Crowe con la inocencia de la primera mirada. Así que dejó de mirar la firma y retrocedió unos pasos para volver a mirar el retrato.

—Tendrías que verlo a la luz del día —dijo Elliott.

Descorrió las cortinas de las puertas vidrieras, y casi de inmediato ambos se vieron mirando a un jardinero que cortaba el césped. Él les vio también, y se puso a chillar y a gesticular, y antes de que Duncan se diera cuenta, ya había franqueado la puerta principal y había llegado a media calle, y corría y sudaba y le temblaban las piernas, de puros nervios, y le latía el corazón con tanta violencia que pensó que tal vez no podría llegar al final de la calle para perderse de vista.

Y no se sintió a salvo hasta que las puertas del tren rápido se cerraron a su espalda. Se había separado de Elliott casi desde el principio: él había salido corriendo de la casa como alma que lleva el diablo, pero el jovencito era más rápido y se había perdido de vista con la velocidad del rayo. No quería volver a verlo más, en cualquier caso. Aquel jovencito había tenido gran parte de la culpa, no había duda. Primero le había puesto delante la

tentación y luego los medios para entrar en la casa. Duncan había sido estúpido, sí, pero su facultad de raciocinio se había visto nublada por la vejiga, y... Elliott le había corrompido, ésa era la verdad. Los eruditos como él siempre serían vulnerables a los excesos de los obsesivos, porque, sí, ambos compartían una minúscula rama del mismo ADN. Los latidos de su corazón fueron lentificándose. Empezaba a apaciguarle con las historias familiares que siempre se contaba a sí mismo cuando las dudas lo hacían tambalearse.

Cuando el tren se detuvo en la estación siguiente, sin embargo, entró en el vagón un latino que se parecía un poco al jardinero del jardín trasero de la casa de Julie; el estómago le descendió vertiginosamente hacia las rodillas mientras el corazón brincaba y le llegaba a media tráquea, y ninguna dosis de autojustificación pudo ayudarle para hacer que sus órganos internos volvieran a su sitio.

Lo que le asustaba de verdad era lo espectacularmente que su transgresión había dado réditos. Durante todos aquellos años no había hecho más que leer y escuchar y pensar, y aunque tales actividades sin duda habían resultado estimulantes, ¿qué había descubierto en realidad? Y, sin embargo, actuando como un gambero quinceañero al que le faltaba un tornillo había logrado algo grande. Era el único croweólogo del mundo (a nadie se le ocurriría considerar croweólogo a Elliott) que sabía de la existencia de aquel retrato; y jamás podría contárselo a nadie, porque si lo hacía equivaldría a admitir que era un desequilibrado. Casi todos los años dedicados a su pasión habían sido yermos en comparación con las últimas dos horas. Pero ése, sin duda, no podía ser el camino hacia delante. No quería convertirse en ese tipo de hombre que mete los brazos en los cubos de basura con la esperanza de encontrar una carta, o un resto de corteza de bacon que Crowe pudo haber masticado con sus dientes. Cuando llegó al hotel se había convencido a sí mismo de que había terminado con Tucker Crowe.

Juliet (álbum)

De la Wikipedia, la enciclopedia libre

JULIET, aparecido en abril de 1986, es el sexto y (en el momento de escribir esta entrada) último álbum de estudio del cantante-compositor Tucker Crowe. Crowe se retiró meses después, aquel mismo año, y no ha hecho más música de ninguna clase desde entonces. En aquel tiempo recibía arrobadas críticas, pese a que las ventas eran sólo moderadas, y llegó a ocupar el número 29 en las listas de éxitos. Desde entonces, sin embargo, ha sido ampliamente reconocido por los críticos como un álbum de ruptura clásico parangonable a *Blood on the Tracks* de Dylan y al *Tunnel of Love* de Springsteen. *Juliet* cuenta la historia de la relación de Crowe con Julie Beatty, una conocida belleza habitual en la escena social de principios de la década de los años ochenta, desde sus comienzos («And You Are?») hasta su amargo final («You and Your Perfect Life»), cuando Beatty volvió con su marido, Michael Posey. La cara B del álbum se considera una de las secuencias de canciones más atormentadas de la música popular.

NOTAS

Varios de los músicos que tocaron en el álbum han hablado del estado de fragilidad mental de Crowe durante la grabación de éste. Y Scotty Phillips ha contado cómo Crowe se acercó a él con un soplete oxiacetilénico antes del incendiario solo del guitarrista en «You and Your Perfect Life».

En una de sus últimas entrevistas, Crowe expresó su sorpresa ante el entusiasmo que había despertado el disco. «Sí, la gente no para de decirme que le encanta. Y no lo entiendo, la verdad. Para mí, es el sonido de alguien a quien le están arrancando las uñas. ¿A quién le interesa escuchar eso?»

Julie Beatty declaró en una entrevista de 1992 que ya no tenía ninguna copia de *Juliet*. «No la necesito en mi vida. Si quiero a alguien chinchándome durante cuarenta y cinco minutos, llamo a mi madre.»

Varios músicos, entre ellos el fallecido Jeff Buckley, Michael Stipe y Peter Buck (de REM), y Chris Martin (Coldplay), han hablado de la

influencia de Juliet en sus carreras. Peter Buck y The Minus Five (su banda paralela) y Coldplay grabaron temas para *Wherefore Art Thou?*, el álbum-tributo aparecido en 2002.

Lista de temas

Cara A

- 1) And You Are?
- 2) Adultery
- 3) We're in Trouble
- 4) In too Deep
- 5) Who Do You Love?

Cara B:

- 1) Dirty Dishes
- 2) The Better Man
- 3) The Twentieth Call of the Day
- 4) Blood Ties
- 5) You and Your Perfect Life

2

Annie fue pasando las fotografías de la carpeta del ordenador y empezó a preguntarse si su vida entera no habría sido una pérdida de tiempo. Ella no era —le gustaba pensar— una persona nostálgica, ni una ludita. Prefería su iPod a los viejos vinilos de Duncan, y disfrutaba con los centenares de canales de televisión entre los que elegir, y le encantaba su cámara digital. Sólo que antes, cuando tenías que ir a recoger tus fotografías a la tienda donde te las revelaban, nunca ibas hacia atrás en el tiempo. Revisadas las veinticuatro instantáneas de las vacaciones, de las que sólo siete eran medianamente buenas, las metías en un cajón y te olvidabas de ellas. Nunca tenías que compararlas con las de las otras vacaciones que habías tenido en los últimos siete u ocho años. Pero ahora Annie no pudo evitarlo. Cuando las cargabas o descargabas —o lo que fuera que se hiciera con ellas—, las fotos nuevas se colocaban al lado de las otras, y esa contigüidad inconsútil empezaba a deprimirla.

Míralos. Ese es Duncan. Esa es Annie. Ahí están Duncan y Annie. Ahí Annie, ahí Duncan, ahí Duncan, ahí Annie, ahí Duncan en un mingitorio haciendo como que echa una meada... Nadie debería tener niños sólo para que resulte más interesante la fototeca del ordenador. Además, no tener niños significaba que, si estabas en una actitud mentalmente negativa, podías llegar a la conclusión de que tus fotos eran un poco insulsas. Nadie se hacía mayor, ni crecía; no se celebraba ninguna fecha memorable, porque no la había. Duncan y Annie iban envejeciendo despacio, y engordando un poco. (Ella estaba siendo muy leal en esto. No había ganado ningún peso, según podía constatar.) Annie tenía amigas solteras que no habían tenido niños, pero sus fotos de las vacaciones —tomadas normalmente en lugares

exóticos— no eran en absoluto aburridas; o, más bien, no mostraban a la misma pareja una y otra vez, muy a menudo con las mismas camisetas y gafas de sol, muy a menudo sentados junto a la misma piscina en el mismo hotel de la costa de Amalfi.

Sus amigas sin hijos al parecer conocían a gentes nuevas en sus viajes, gentes que se convertían en amigos. Duncan y Annie jamás habían hecho amigos en las vacaciones: a Duncan siempre le había aterrorizado el hecho de ponerse a hablar con alguien (no se les fuera a «pegar»). Una vez, instalado junto a la piscina del hotel, en la costa de Amalfi, Duncan vio que una persona estaba leyendo el mismo libro que él, una biografía relativamente oscura de un músico de soul o blues. Hay gente —la mayoría de la gente, posiblemente— que lo habría tomado como una feliz y nada habitual coincidencia merecedora de una sonrisa o un «holá», y quizás incluso de una copa y un intercambio de direcciones de e-mail. Duncan se fue directamente a su habitación, dejó el libro tirado y sacó otro, para que el otro lector no tuviera siquiera ocasión de dirigirle la palabra. Tal vez no era su vida entera lo que había sido una pérdida de tiempo; tal vez fueran sólo los quince años que había pasado con Duncan. ¡Un trozo de su vida, al menos, salvado! ¡El trozo que terminó en 1993! Las fotos de las vacaciones norteamericanas no le levantaron demasiado el ánimo. ¿Por qué había permitido que le sacaran una foto frente a una anticuada tienda de lencería en Queens, Nueva York, adoptando exactamente la misma pose que había adoptado Tucker para la carátula del álbum *You and Me Both*?

El súbito rechazo de Duncan de todo lo que tenía que ver con Tucker lo había hecho todo aún más falso de sentido. Annie le preguntó una y otra vez qué había pasado en la casa de Juliet, pero él se limitó a afirmar que llevaba ya un tiempo perdiendo interés por el asunto, y que la mañana en Berkeley había hecho aún más patente la ridiculez de todo aquello. Annie no se lo creyó. Se pasó todo el desayuno farfullando cosas sobre Juliet y estaba claramente molesta por algo que había pasado aquella tarde cuando vio a Duncan de vuelta en el hotel; todo parecía apuntar hacia un incidente similar al de los aseos de Minneapolis, destinado a suscitar por siempre jamás en Internet delirantes especulaciones entre los croweólogos.

Cerró la carpeta de las fotografías y bajó al vestíbulo a recoger el correo, que seguía tirado en el suelo desde su llegada a casa aquella mañana. Duncan había recogido ya sus paquetes de Amazon, y no estaba interesado en ninguna otra cosa que pudiera ser para él, así que una vez que Annie hubo acabado de abrir sus cartas se puso a abrir las de él, por si acaso había algo que no debiera ir directamente a la basura para reciclar. Había una invitación a un simpósio para profesores de inglés, dos cartas para solicitar una tarjeta de crédito y un sobre de color castaño que contenía una carta y un CD metido en una de esas fundas de plástico transparente.

Querido Duncan (leyó Annie):

No he hablado contigo desde hace tiempo, pero tampoco ha habido demasiado de que hablar, ¿no? Vamos a sacar esto dentro de un par de meses, y he pensado que deberías ser uno de los primeros en escucharlo. ¿Quién lo sabía? Yo no, y me parece que tú tampoco. En cualquier caso, Tucker ha decidido que es el momento apropiado. Es la maqueta de los solos acústicos de todos los temas del álbum. Lo hemos titulado Juliet, Naked.^[8]

Dime qué te parece, ¡y disfrútalo!

Con mis mejores deseos,

Paul Hill, jefe de Prensa, PTO Music

Annie tenía en las manos un nuevo disco de Tucker Crowe, y su excitación no era ni siquiera «vicaria», lo mismo que tampoco lo habría sido si a Duncan lo hubieran nombrado primer ministro. En los quince años de su relación, esto nunca había sucedido, y consecuentemente no sabía cómo reaccionar. Habría llamado a Duncan al móvil, pero el móvil de Duncan estaba allí, delante de ella, junto al hervidor de agua, conectado a la base de recarga. Y lo habría cargado al instante en su iPod, pero Duncan se lo había llevado a la escuela. (Ambos artilugios habían vuelto de las vacaciones con las baterías absolutamente esquiladas. Uno de ellos había recibido atención inmediata, pero el otro había quedado olvidado hasta justo antes de que Duncan se fuera de casa.) Así que ¿de qué modo iba ella a dar cumplida cuenta del acontecimiento?

Sacó el CD de su funda de plástico y lo puso en el reproductor portátil que tenían en la cocina. Pero en lugar de apretar el botón *de play* su dedo planeó sobre él durante un instante. ¿Podía ella escucharlo antes que él? Era uno de esos momentos en una relación —y había muchos de ellos en la suya, bien sabía Dios— que le parecerían absolutamente inocuos a alguien ajeno, pero que estaban preñados de sentido y de agresividad. Annie se imaginaba contándole a Ros en el trabajo que Duncan se había puesto como una fiera porque ella había escuchado el CD nuevo cuando él no estaba en casa, y Ros se habría quedado, como es lógico, espantada e indignada. Pero no le contaría toda la historia. Learía la versión que le convenía, y omitiría el contexto. Y, por supuesto, sería legítimo sentir desconcierto y agravio si ella no lo entendiera, pero Annie conocía a Duncan demasiado bien. Ella lo entendía. Sabía que poner aquel CD era un acto de pura hostilidad, por mucho que nadie que estuviera mirando por la ventana pudiera verla.

Volvió a meter el CD en su funda y se preparó un café. Duncan sólo había ido a la escuela a recoger su horario de clases para el nuevo curso, así que volvería dentro de menos de una hora. Oh, esto es ridículo, pensó; o, mejor, se dijo a sí misma, porque decirse las cosas a uno mismo era un modo más «autoconsciente» de comunicación con uno mismo, y, por ende, un modo más eficiente de mentir que el de sólo pensarlo. ¿Por qué no podía ella poner una música que casi con toda seguridad iba a gustarle mientras hacía cosas en la cocina? ¿Por qué no fingía que Duncan era una persona normal y que mantenía una relación sana con las cosas que le gustaban? Volvió a poner el CD en el aparato reproductor, y esta vez apretó el *play*. Y empezó a prepararse para oír las frases iniciales de la refriega por venir.

Para empezar, estaba tan trastornada por el acto mismo de haber puesto el CD, por la traición que ello implicaba, que se olvidó de escuchar la música: estaba demasiado ocupada pergeñando sus réplicas. «*Sólo es un CD, Duncan.*» «*No sé si te habrás dado cuenta alguna vez, pero me parezco bastante ajuliet.*» (Ese «bastante»..., tan inocente y de pasada, y sin embargo tan hiriente. O eso esperaba.) «*;Ni se me pasó por la cabeza que no tuviera permiso para escucharlo!*» «*¡Oh, no seas tan infantil!*» ¿De dónde le nacía ese malestar? No era que su relación fuera en aquel

momento más precaria de lo que lo había sido en el pasado. Pero ahora podía ver que albergaba un montón de resentimiento en algún rincón de sí misma, y que ese resentimiento estaba vivo, inquieto, en incesante búsqueda de una ventana abierta —por mínima que ésta fuera—. La última vez que se había sentido así fue en la época en que había compartido casa en la Universidad, cuando se vio a sí misma montando trampas ridículamente complicadas y que requerían mucho tiempo para atrapar a una compañera de apartamento de la que sospechaba que le robaba las galletas. Le llevó algún tiempo comprender que las galletas no eran realmente lo importante, y que, de alguna forma, sin que ella fuera consciente de ello, había llegado a odiar a aquella compañera —su codicia, su suficiencia, su cara y su bata—. ¿Le estaba sucediendo ahora lo mismo? *Juliet, Naked* era algo a un tiempo tan libre de culpa y tan incendiario como una galleta de chocolate.

Al final se las arregló para dejar de preguntarse si odiaba a aquel con quien compartía su vida y ponerse a escuchar el CD. Y lo que oyó fue exactamente lo que podía haber imaginado que oiría si hubiera leído acerca de *Juliet, Naked* en un periódico: era *Juliet*, pero sin ninguna de las partes buenas. Pero eso, seguramente, no era justo. Aquellas adorables melodías estaban allí, intactas, y era obvio que Crowe había escrito la mayoría de las letras, aunque a un par de temas les faltaba el estribillo. Pero todo era tan vacilante, tan exento de adornos..., como escuchar a alguien de quien nunca has oído hablar que se sube al escenario durante la pausa del almuerzo en un festival de folk. Aún no había realmente música en todo aquello, ni violines, ni guitarras eléctricas, ni ritmo, ni nada de la textura o el detalle que seguía reservando sorpresas —incluso después de todo este tiempo—. Y tampoco había ira en lo que oía, ni dolor. Y si hubiera seguido siendo profesora, les habría puesto a sus alumnos de últimos años de secundaria los dos álbumes seguidos, para que pudieran entender lo que ese arte pretendía. Por supuesto, Tucker Crowe sufría cuando compuso *Juliet*, pero no podía entrar en tromba en un estudio de grabación y empezar a chillar a voz en cuello. Habría sido un gesto demente y patético. Tuvo que calmar su rabia, domarla y darle forma, a fin de ajustarla a las medidas ceñidas de los temas. Luego tuvo que aderezarla para que sonara más genuina. *Juliet, Naked*

mostraba cuan inteligente era Tucker Crowe, pensó Annie. Cuan taimado. Pero sólo por todas las cosas que faltaban, no por cualquiera de las que pudieran escucharse en el álbum.

Annie oyó que se abría la puerta principal cuando escuchaba «Blood Ties», la antepenúltima canción. En realidad no había estado ordenando nada en la cocina mientras disfrutaba de la música, pero ahora se afanó rápidamente en varios quehaceres, y la propia pretensión de estar haciendo muchas cosas era en sí misma una forma de traición: *¡Sólo he puesto un CD! ¡No es tan tremendo!*

—¿Qué tal la escuela? —le preguntó al verlo entrar—. ¿Ha sucedido algo mientras estábamos fuera?

Pero él ya no la escuchaba. Estaba de pie, quieto, con la cabeza dirigida hacia los altavoces como si fuera un perro.

—¿Qué...? Espera. No me lo digas. ¿Ese programa de radio pirata de Tokio? ¿El solo acústico? —Y luego, con pánico creciente—: Entonces no tocó «Blood Ties»...

—No, es...

—Chsss...

Ambos escucharon unos cuantos compases. Annie vio su confusión y empezó a disfrutar de la situación.

—Pero esto... —Duncan volvió a interrumpirse—. Es... No es *nada*...

Annie se echó a reír a carcajadas. ¡Pues claro! Si Duncan nunca lo había oído, lo único que podía hacer era negar su existencia.

—Quiero decir que sí, que es algo, pero... Me rindo.

—*Juliet, Naked*, se titula.

—¿Cómo se titula?

Más pánico. Su mundo se descolgaba sobre su eje, y él se deslizaba hacia fuera.

—Este álbum.

—¿Qué álbum?

—El que estamos escuchando.

—¿Este álbum se titula *Juliet, Naked*?

—Sí.

—No hay ningún álbum titulado *Juliet, Naked*.

—Ahora sí.

Cogió la nota de Paul Hill y se la tendió. Él la leyó, la volvió a leer, la leyó por tercera vez.

—Pero estaba dirigida a mí. Has abierto mi correo.

—Siempre abro tu correo —dijo ella—. Si no abro tu correo, se queda sin abrir para siempre.

—Abro las cartas interesantes.

—Dejaste ésta porque te pareció anodina.

—Pero no es anodina.

—No. Pero he tenido que abrirla para saberlo.

—No tenías derecho —dijo Duncan—. Y luego... lo has *puesto*... No puedo creerlo.

Annie no tuvo ocasión de lanzarle ninguno de los dardos que tenía planeados. Duncan fue hasta el reproductor de CD, sacó el disco y salió de la cocina.

La primera vez que Duncan vio cómo aparecían en la pantalla del ordenador los nombres de los temas del CD que acababa de poner en la bandeja, sencillamente no podía creérselo. Era como si estuviera viendo a un mago que poseyera de verdad poderes mágicos, y no tenía sentido buscar una explicación del truco, porque no existía ningún truco —o, mejor, ninguno que él pudiera llegar a comprender—. Al poco de esto, la gente del tablón de mensajes de Internet empezó a mandarle canciones adjuntas en los e-mails, lo cual se le antojó igual de misterioso, pues significaba que la música grabada no era en absoluto —como él había creído siempre— una cosa: un CD, un disco de plástico, una bobina de cinta. Era algo que podía reducirse a su esencia, y su esencia era literalmente intangible. Esto —por lo que a él se refería— hacía la música mejor, más bella, más misteriosa. La gente que conocía su relación con Tucker imaginaba que era un nostálgico del vinilo, pero la nueva tecnología había hecho que su pasión fuera más romántica, no menos.

Andando el tiempo, sin embargo, había llegado a detectar que la nueva brujería adolecía de cierta deficiencia enojosa en lo referente a la búsqueda de títulos. Cuando metía un CD en el ordenador portátil, no podía evitar imaginar que quienquiera que estuviera en el ciberespacio registrando sus

gustos musicales los juzaría anodinos y demasiado amoldados a los gustos mayoritarios. Nadie era capaz de cogerle desprevenido. Duncan visualizaba a un Neil Armstrong del siglo XXI con un casco provisto de auriculares Bang and Olufsen, flotando alrededor de un medio muy parecido al espacio de antaño (salvo en el hecho de ser aún más ininteligible y de contener claramente mucha más pornografía), pensando: Oh, no, otra de éas no. Pídeme algo más difícil. Pídeme algo que me deje anonadado unos segundos, algo que me mande volando a la biblioteca de consulta cibernetica. A veces, cuando el ordenador hacía un runrún más largo de lo habitual, Duncan tenía la sensación de haber planteado algún tipo de reto; pero un día, cuando estaba cargando el catálogo del iPod con su música preferida, éste había tardado casi tres minutos en dar con los títulos de *Abbey Road*, y vio claramente que los retrasos de este tipo se debían a una mala conexión o algo parecido, y no a que Neil Auriculares estuviera fuera de juego. Así que sólo desde hacía muy poco Duncan disfrutaba realmente de las raras ocasiones en que Neil no podía ayudarle, y entonces tenía que llenar los títulos él mismo, por tediosa que fuera esta tarea. Significaba que se hallaba fuera de las sendas trilladas, y que se había adentrado en la jungla musical. Neil Auriculares nunca había oído hablar de *Juliet, Naked*, lo cual era un consuelo. A Duncan se le habría antojado insoportable el que la información le hubiera venido sin ningún esfuerzo de nadie, como en el caso de haber sido la septingentésima persona que pedía tal título ese día.

No quería escuchar *Juliet, Naked* en aquel momento. Estaba demasiado furioso; con Annie y, más oscuramente, con el propio álbum, que parecía pertenecerle a ella más que a él mismo. Así que dio las gracias por el tiempo que le llevó obtener los títulos de los temas (se arriesgó a que la lista de títulos de *Naked*, como empezaba a acostumbrarse a llamar al nuevo CD, fuera la misma que la del álbum original; la última canción, que era muy larga, seis minutos incluso en la demo, sugería que así era), y por el hecho de que su aparato «inhalase» la música a su interior.

¿En qué estaba pensando Annie? Quería encontrar una interpretación benévola de su conducta, pero no encontraba ninguna. Era malevolencia, pura y simple. ¿Por qué, de pronto, le odiaba tanto? ¿Qué le había hecho él?

Enchufó el iPod, transfirió el CD con una presión del dedo y un golpe de muñeca aún milagrosos, cogió la chaqueta del pasamanos del pie de la escalera y salió de casa.

Fue hasta el paseo marítimo. Había crecido en las afueras de Londres, y seguía sin poder acostumbrarse a la idea de que el mar estaba a cinco minutos a pie de su casa. No era un gran mar, por supuesto, si lo que se quería era un mar que contuviera hasta el más leve matiz de azul o verde; aquel mar parecía limitarse a una imaginativa gama de grises y negros, con alguna que otra pincelada de pardo enlodado. Las condiciones meteorológicas, con todo, eran las ideales para sus propósitos. Las olas se lanzaban contra la orilla una y otra vez, como un odioso y especialmente estúpido pitbull, y los turistas que, inexplicablemente, habían elegido aquel destino en lugar de volar al Mediterráneo por treinta libras parecían todos de duelo aquella mañana. Las cosas falsas nunca han sido más patéticas que en esto. Compró un café instantáneo en el kebab del muelle y se sentó en un banco de cara al mar. Estaba preparado.

Cuarenta y cinco minutos después, se hurgaba en los bolsillos en busca de algo que pudiera utilizar como pañuelo cuando una mujer de mediana edad se acercó a él y le tocó el brazo.

—¿Necesita a alguien con quien hablar? —dijo con delicadeza.

—Oh. Gracias. No, no, estoy bien.

Se tocó la cara: había estado llorando con más desconsuelo de lo que pensaba.

—¿Está seguro? No da la impresión de estar bien.

—No, de veras... Es que he... Acabo de tener una experiencia emocional muy intensa. —Alargó uno de los auriculares del iPod, como si ello lo explicara todo—. Con esto.

—¿Está llorando por la música?

La mujer lo miró como si Duncan fuera una especie tic pervertido.

—Bueno, no lloro *por* la música. No creo que ésa sea la preposición correcta.

La mujer sacudió la cabeza y se alejó.

Escuchó el álbum entero otras dos veces sentado en el banco, y luego echó a andar hacia casa oyéndolo por tercera vez. Una precisión sobre el

gran arte: te hace amar más a la gente, perdonarle sus pequeñas transgresiones. Si te ponías a pensarlo, funcionaba de la misma forma que se suponía que tenía que funcionar la religión. ¿Qué importaba que Annie hubiera escuchado el CD antes que él? ¡La cantidad de gente que había escuchado el álbum original antes de que él lo descubriera! ¡La cantidad de gente que había visto *Taxi driver* antes que él, si se iba al caso! ¿Atenuaba eso el impacto? ¿Hacía menos suya la obra? Quería volver a casa, abrazar a Annie y hablar de una mañana que él no olvidaría jamás. También quería escuchar lo que ella tenía que decir al respecto. Tenía en gran estima sus juicios sobre el trabajo de Crowe —a veces podía ser sorprendentemente sagaz, pese a lo reacia que era a embeberse por entero en el asunto—, y Duncan quería preguntarle si había percibido las mismas cosas que él: la ausencia de estribillo en «The Twentieth Call of the Day», por ejemplo, lo que confería a la canción una inclemencia y un aborrecimiento de uno mismo imposibles de detectar en su versión «acabada». (Daría a escuchar esta versión a cualquiera que osara venirle con la vieja cantinela de que Crowe era el Dylan de los pobres. «The Twentieth Call of the Day», a juicio de Duncan, era «Positively Fourth Street», pero con más peso y textura. Y Tucker sabía cantar.) ¿Y quién habría pensado que «And You Are?» podría sonar tan aciaga? En *Juliet* era una canción sobre dos personas que conectan inmediatamente; dicho de otro modo, no era más que una canción de amor (pero muy bonita); un día soleado antes de que las tormentas psíquicas empezaran a llegar desde el mar. Pero en *Juliet, Naked* era como si los amantes estuvieran en un pequeño retazo de sol que se iba haciendo más y más pequeño mientras hablaban por primera vez. Podían ver ya el trueno y la lluvia, lo que en cierto modo hacía al álbum más completo, más coherente. Era una tragedia genuina, en la que el sino a punto de sobrevenirles se atisbaba desde el principio. La palmaria contención de «You and Your Perfect Life», por su parte, confería al tema una fuerza asombrosa que se veía atenuada por el histriónismo de la versión de rock and roll.

Cuando llegó a casa Annie estaba todavía en la cocina, sentada a la mesa con una taza de café, leyendo el *Guardian*. Él llegó por detrás y la

abrazó, probablemente durante más tiempo del que a ella pudo resultarle agradable.

—¿A qué viene esto? —dijo Annie, con cariño moderado pero resuelto

—. Creía que estabas enfadado conmigo.

—Lo siento. Estúpido. Mezquino. ¿Qué más da quién lo haya oído antes?

—Lo sé. Tendría que haberte advertido de que era un poco deprimente. Pero pensé que te enfadarías aún más.

Duncan sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Soltó a Annie, aspiró el aire, esperó a que el impacto se diluyera un poco antes de volver a hablar.

—¿No te ha gustado?

—Bueno, no está mal. Comedidamente interesante, si has escuchado la otra versión. No creo que vuelva a ponerla. ¿Qué piensas tú?

—Creo que es una obra maestra. Creo que borra del mapa la anterior. Y como la otra es mi álbum preferido de todos los tiempos...

—¿No estarás hablando en serio?

—¡Deprimente! ¡Dios mío! ¿Qué más es deprimente para ti? *El rey Lear?* *La tierra baldía?*

—No sigas por ahí, Duncan. Siempre pierdes la facultad de argumentar cuando te enfureces.

—Y estoy enfurecido, en tu opinión...

—No, pero... No nos estamos peleando. Estamos intentando debatir sobre..., ya sabes, una obra de arte.

—No, según tú. Según tú estamos intentando debatir sobre una mierda.

—Ya empiezas. Tú crees que es *El rey Lear*, y yo creo que es una mierda... Cálmate, Duncan. A mí me encanta el otro disco. Y creo que la mayoría de la gente va a estar de acuerdo conmigo.

—Oh, la mayoría de la gente. Todos sabemos lo que la mayoría de la gente piensa de las cosas. La sabiduría de las putas masas. Cristo. La mayoría de la gente prefería comprar un álbum de un enano bailarín de un *reality show*.

—Duncan Mitchell, el gran populista.

—Soy sólo... Me has decepcionado tanto, Annie. Creía que eras mejor que todo esto.

—Ah, sí. Es el paso siguiente. Se convierte en un fallo moral mío. Una debilidad de mi carácter.

—Siento decir que es exactamente eso. Si no logras percibir nada en este...

—¿Qué? Por favor. Dímelo. Me encantaría saber qué es lo que tendría que percibir.

—Lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre?

—Lo de siempre..., no sé. Eres una tarada.

—Gracias.

—No he dicho que seas una tarada. He dicho que si no puedes percibir nada en este álbum eres una tarada.

—Pues no puedo.

Duncan se fue de casa, y volvió con su iPod al banco que daba al mar.

Pasó como una hora antes de que se le ocurriera siquiera pensar en la página web. Si se daba prisa, sería el primero en hablar de aquel CD. O, mejor aún: ¡sería el primero en alertar de su existencia a la comunidad de fans de Crowe! Había escuchado *Juliet, Naked* cuatro veces, y tenía pensadas ya un montón de cosas que quería decir sobre el nuevo álbum. En todo caso, cualquier demora por su parte suponía un gran riesgo de perder esa ventaja. No creía que Paul Hill hubiera contactado aún con nadie más del tablón de mensajes, pero sin duda se habrían echado copias en todo tipo de buzones aquella misma mañana. Tenía que volver a casa, por grande que fuera la animadversión que sentía contra Annie.

Trató de evitarla, de todas formas. Estaba en la cocina hablando por teléfono, probablemente con su madre o su hermana. (¿Y quién iba a querer hablar con alguien de la familia nada más volver de vacaciones? ¿No probaba eso algo? Aunque no estaba muy seguro de qué podría ser ese algo. Pero tenía la impresión de que alguien tan vinculado aún con su familia —con la *niñez*, en esencia— difícilmente sería capaz de responder a las duras verdades del universo adulto generosamente diseminadas a lo largo de los

diez temas de *Juliet, Naked*. Tal vez conseguiría captarlo algún día, pero estaba claro que aún faltaban varios años para eso.)

El despacho compartido estaba en el descansillo de media vuelta. El agente inmobiliario que les vendió la casa tenía la certeza inexplicable de que un día utilizarían aquella habitación mínima como cuarto de bebé, antes de decidir mudarse fuera de la ciudad y comprarse una casa con jardín. Luego venderían esa casa a otra pareja que, llegado el momento, haría lo mismo. Duncan se había preguntado si el hecho de no tener hijos era una reacción directa a la deprimente predictibilidad de todas las cosas, si aquel agente inmobiliario —inadvertida pero efectivamente— no había tomado la decisión por ellos.

Ahora era lo opuesto a un cuarto de niños. En él había dos ordenadores portátiles, colocados uno junto a otro en una mesa de trabajo, dos sillas, una máquina que convertía discos de vinilo en archivos mp3, y unos dos mil CD, incluidos los piratas de todos y cada uno de los conciertos de Tucker Crowe desde 1982 hasta 1986 (con excepción del de septiembre de 1984 en el KB de Malmö, Suecia, que, extrañamente, nadie parecía haber grabado, lo que ha venido siendo una espina para todos los estudiosos serios de Crowe, ya que, según una fuente sueca habitualmente fiable, fue la noche en que Tucker Crowe ofreció una versión que jamás volvería a repetir de «*Love Will Tear Us Apart*»). Apartó los estados de cuenta del banco y demás correo que Annie había abierto y colocado al lado de su portátil para que los viera, abrió un documento nuevo en el procesador de textos y empezó a teclear. Escribió tres mil palabras en menos de dos horas y las envió a la página poco después de las cinco de la tarde. A las diez de la noche había ciento sesenta y tres comentarios de fans de once países.

Al día siguiente, comprobó que se había pasado un poco. «*Juliet, Naked* significa que todo lo demás que hay grabado de Tucker ha quedado de pronto un poco empalidecido, un poco acicalado, un poco "digerido"... Y si así es como afecta al trabajo de Crowe, imaginad cómo afectará al trabajo de todos los demás.» No había querido entrar en discusiones sobre los méritos respectivos de James Brown, o de los Stones, o de Frank Sinatra. Se había querido referir a sus pares, a los cantantes-compositores de su talla, por supuesto, pero quienes se lo toman todo en sentido literal no habían

querido entenderlo en tal sentido. «*Esta versión de "You and Your Perfect Life" hace que la versión que uno conoce bien suene como salida de un álbum de Westlife...*» Si hubiera esperado un poco, habría comprobado que la versión «vestida» (*Juliet*, inevitablemente, había pasado a conocerse como *Vestida*, para distinguirla de inmediato de *Juliet, Naked*), tras la conmoción primera, reafirmaba bastante cómodamente su superioridad frente a la versión «desnuda». Y le gustaría no haber mencionado en absoluto a Westlife, al ver que algunos fans acérrimos de este grupo se habían topado con esta referencia y se habían pasado el día enviando mensajes obscenos al tablón de la página.

En su ingenuidad, no había esperado realmente la cólera de nadie. Pero luego se imaginó a sí mismo curioseando en la página en busca de un poco de cotilleo —la noticia de una entrevista con el tipo que hizo la carátula del EP, por ejemplo—, y descubriendo que había todo un álbum nuevo que él no había escuchado. Habría sido como encender el televisor para ver el parte meteorológico local y enterarse de que el cielo se estaba viniendo abajo. No le habría hecho ninguna gracia, y ciertamente no habría querido leer ninguna crítica escrita por algún cabrón pagado de sí mismo. Habría odiado al crítico, con seguridad, y probablemente habría decidido en aquel mismo momento que el álbum en cuestión no era nada bueno. Empezó a temer que su extasiada alabanza hubiera podido hacer a *Naked* un mal servicio: ahora nadie —ningún fan genuino, en cualquier caso, y era difícil imaginar que el asunto pudiera importarle a mucha otra gente— podría escuchar el álbum sin prejuicios. Oh, qué complicado era... amar el arte. Entrañaba muchísima más mala voluntad de lo que uno hubiera imaginado. Las respuestas que más le interesaron le llegaron vía e-mail, firmadas por los croweólogos que él conocía bien. El de Ed West decía, sencillamente: «Que me den por culo. Dame. Ahora.» Geoff Oldfield decía (con innecesaria crueldad, pensó Duncan): «Este, amigo mío, ha sido tu momento estelar. Nada así de bueno volverá a sucederte jamás.» John Taylor se decantó por una cita de «The better Man»: «La suerte es una enfermedad, / no la quiero cerca de mí.» Confeccionó una lista de direcciones y empezó a enviar a ellas todos los temas, uno por uno. A la

mañana siguiente, un puñado de hombres de edad mediana lamentarían haberse ido a la cama demasiado tarde.

3

Annie pensaba que tal vez iba a quedarse anclada en la enseñanza para siempre, y odiaba tanto ese trabajo que, incluso ahora, la hacía feliz el mero hecho de llegar al museo con diez o quince minutos de retraso. Para un profesor, ese cuarto de hora habría supuesto un desastre humillante, y en él se habrían dado algaradas, reprimendas y miradas de reprobación de algunos colegas, pero a nadie le importaba si llegaba tres o treinta minutos antes de la hora de apertura de un museo pequeño no demasiado visitado. (La verdad es que a nadie le importaba tampoco si llegaba tres o treinta minutos después de tal hora de apertura.) En su antiguo trabajo, hacer una escapada a media mañana para pedir un café para tomarlo fuera era un sueño diurno frecuente y bastante mísero; ahora tenía a gala hacerlo todos los días, necesitase o no la cafeína. De acuerdo, había ciertas cosas que echaba en falta: la sensación que te embargaba cuando la clase iba bien, cuando todo eran ojos brillantes y concentración tan densa que se percibía casi como húmeda, como algo que se te podía pegar a la ropa; y a veces lograba arreglárselas frente a la energía y el optimismo y la vida que es posible encontrar en cualquier niño, con independencia de lo hosco que se muestre o de lo deteriorado que parezca. Pero la mayoría de las veces seguía sintiéndose feliz de haber logrado pasar por debajo del alambre de espino que rodeaba la educación secundaria y haber salido al mundo.

Trabajaba por su cuenta durante gran parte del día, sobre todo tratando de recaudar fondos, aunque esto empezaba a antojársele una tarea cada día más inútil: ya nadie, al parecer, disponía de dinero de sobra para contribuir a las mejoras de un museo de la costa en decadencia, y posiblemente ya nunca volverían a disponer de él. De cuando en cuando, tenía que hablarles

a grupos de colegiales de la localidad en visitas escolares, razón por la que se le había brindado la ocasión de escapar de las aulas. Siempre había una voluntaria en el mostrador de recepción, normalmente Vi o Margaret o Joyce o alguna de las ancianas cuya acuciante necesidad de mostrarse aún útiles le rompía el corazón a Annie siempre que se tomaba la molestia de pensar en ello. Y cuando se proyectaba alguna exposición especial, trabajaba con Ros, una conservadora independiente que también enseñaba historia en la escuela de Duncan. (Duncan, por supuesto, jamás se había dignado hablarle, para no correr el riesgo de verse embarcado en una conversación larga en una de sus visitas a la sala de profesores.) Ros y Annie tenían entre manos en ese momento la preparación de una exposición, con documentación fotográfica del verano de la ola de calor de 1964, cuando se remodeló la vieja plaza de la ciudad, los Stones tocaron en el cine ABC de las afueras y la marea arrastró hasta la playa a un tiburón de ocho metros de largo. Habían pedido aportaciones a los residentes, y habían anunciado la iniciativa en todas las páginas web relevantes de historia local y social que les vinieron a las mentes, pero hasta el momento no habían recibido más que dos fotografías: una del tiburón, que a todas luces había muerto de algún tipo de infección por hongos demasiado horripilante para una exposición que pretendía celebrar un verano dorado, y otra de cuatro amigos —¿compañeros de trabajo?— que se divertían en el paseo marítimo.

Esta fotografía había llegado en el correo un par de días después de haber colgado los anuncios en Internet, y Annie no podía creer lo perfecta que era. Los dos hombres estaban en mangas de camisa y tirantes, y las dos mujeres llevaban vestidos floreados; tenían los dientes mal, las caras surcadas de arrugas, el pelo engominado, y daba la sensación de que no se habían divertido tanto en toda su vida. Se lo comentó a Ros, nada más verla —«¡Mírales! ¡Como si estuvieran pasando el mejor día fuera de casa de su vida!»—, y se echó a reír, toda convencida de que aquel contento era debido a algún azar feliz de la cámara, o al alcohol, o a un chiste verde..., a cualquier cosa menos al hecho de estar al aire libre o a la belleza de los alrededores. Y Ros dijo, simplemente:

—Sí. Casi seguro que tienes razón. Annie, que estaba a punto de disfrutar de unas moderadamente estupendas vacaciones de tres semanas en

los Estados Unidos —agradables, aunque no de quitar el aliento, aquellas montañas de Montana— se sintió un tanto avergonzada. En 1964, cinco años antes de que ella naciera, los ingleses todavía eran capaces de sentirse felices disfrutando de un día libre en una población costera del norte del país. Volvió a mirar a aquellas cuatro personas y se preguntó a qué se dedicarían, cuánto dinero tendrían en el bolsillo en aquel preciso instante, qué duración tendrían sus vacaciones, cuántos años vivirían. Annie nunca había sido rica. Pero había estado en todos los países europeos que le había apetecido visitar, en Norteamérica, incluso en Australia. ¿Cómo —se preguntó— habían llegado a la situación actual desde aquella otra, a esto desde aquello? De pronto vio el sentido de la exposición que había concebido y proyectado sin verdadero entusiasmo ni finalidad precisa. Más aún: de pronto vio el sentido de la ciudad donde vivía, lo mucho que debió de significar para una gente que tanto ella como todos sus conocidos iban perdiendo la capacidad de imaginar cómo era. Siempre se había tomado en serio su trabajo, pero ahora estaba resuelta a encontrar la manera de hacer sentir a los visitantes del museo lo que ella sentía.

Y luego, después de la del tiburón muerto, dejaron de llegar fotografías. Había ya renunciado a una exposición centrada en 1964, aunque todavía no se lo había dicho a Ros, y estaba tratando de pensar en alguna forma de ampliar el marco temporal del proyecto sin por ello convertirlo en algo chapucero y sin metas claras. El haber estado fuera tres semanas le había devuelto la esperanza, y había contribuido a ello —y no poco— el hecho de que aún tuviera que examinar el correo de dieciocho días.

Había dos fotografías más. Una la había enviado un hombre que había estado revisando las cosas de su madre recién fallecida; era una bonita instantánea de una niña que estaba de pie al lado de una caseta de títeres. La otra, enviada sin carta adjunta, era del tiburón muerto. A Annie le parecía que aquel tiburón muerto tenía ya una cobertura suficiente, y deseó no haberlo mencionado nunca. Lo había incluido en su petición de material sólo como un acicate de la memoria de la población de cierta edad de la ciudad. Y era como si hubiera enviado una consigna diciendo: QUEREMOS FOTOS DEL TIBURÓN ENFERMO. El escualo en cuestión

mostraba un agujero en un costado: la carne, sencillamente, se le había podrido hasta abrirle un gran boquete.

Siguió revisando el resto del correo, contestó a algunos e-mails y salió en busca de su café de costumbre. Sólo en el camino de vuelta recordó la actividad maníaca de Duncan de la noche anterior. Sabía que su reseña en Internet había provocado reacciones, porque no paró de correr arriba y abajo, de examinar sus mensajes, de leer los comentarios en la página, de sacudir la cabeza y reír entre dientes ante el mundo extraño y súbitamente vivo que habitaba. Pero no le había enseñado lo que había escrito, y ella sentía que debía leerlo. Y no sólo eso, cayó en la cuenta. Quería leerlo. Había escuchado la música, y antes incluso que él, lo que significaba que por primera vez en su vida en común se había formado una opinión sin que el asunto en cuestión hubiera sido filtrado por el proselitismo intimidatorio de su pareja... Quería comprobar por sí misma cuan obcecado podía ser Duncan, y cuan lejos se hallaban el uno del otro.

Entró en la página web (por alguna razón, la tenía en Favoritos) e imprimió la reseña para poder concentrarse bien en ella. Cuando la hubo terminado, estaba francamente enfadada con Duncan. La enfurecía su autosuficiencia, su obvia determinación de pavonearse ante los fans con los que se suponía que tenía cierta afinidad. Así, también estaba enfurecida por su mezquindad, por su incapacidad de compartir algo que tenía un indudable valor en aquella comunidad menguante y cada día más sitiada. Pero, más que nada, la enfurecía su perversidad. ¿Cómo aquellos bocetos de canciones podían ser mejor que la obra acabada? ¿Cómo dejar algo a medias podía ser mejor que trabajar en ello, pulirlo, darle densidad y textura, moldearlo hasta que la música llegue a expresar lo que uno quiere que exprese? Cuanto más leía la reseña ridícula de Duncan, más furiosa se ponía, hasta que se encolerizó de tal manera que la ira misma se convirtió en objeto de su curiosidad: la había sumido en un gran desconcierto. Tucker Crowe era el hobby tic Duncan, y las personas con hobbies hacían cosas extrañas. Pero escuchar música no era colecciónar sellos, o pescar con mosca, o construir barcos dentro de una botella. Escuchar música era algo que ella también hacía, con frecuencia y sumo gozo, y Duncan, de alguna manera, se las arreglaba para arruinárselo, en parte haciéndole sentir que no

era buena en eso. ¿Se trataba de eso? Volvió a leer la reseña. «Llevo viviendo con las canciones memorables de Tucker Crowe cerca de un cuarto de siglo, y sólo hoy, mirando el mar, escuchando «You and Your Perfect Life» como Dios y Crowe querían que se escuchara...»

No es que él le hiciera sentirse incompetente, e insegura de sí misma y de sus gustos. Era a la inversa. Él no sabía nada de nada, y ella nunca se había permitido percatarse de ello hasta entonces. Siempre había pensado que el interés apasionado de Duncan por la música y el cine y los libros daban fe de su inteligencia, pero por supuesto no daban fe de nada parecido si él no hacía más que entender las cosas al revés. Si era tan inteligente, ¿por qué estaba enseñando a ver la televisión norteamericana a aprendices de fontanero y a futuros recepcionistas de hotel? ¿Por qué escribía miles de palabras en oscuras páginas web que jamás leía nadie? ¿Y por qué estaba tan convencido de que un cantante al que nadie había prestado nunca demasiada atención era un genio de la talla de Dylan y Keats? Ay, esa ira auguraba problemas. Al examinar el cerebro de su pareja lo veía mermar hasta convertirse en nada. ¡Y le había llamado *a ella* tarada! En una cosa tenía razón, sin embargo: Tucker Crowe era importante, y revelaba duras verdades sobre la gente. Sobre Duncan, en cualquier caso.

Cuando Ros pasó a verla para saber si había habido algún progreso con las fotografías, Annie seguía con la página web en la pantalla del ordenador.

—Tucker Crowe —dijo Ros—. Vaya. A mi novio de la facultad le gustaba mucho. No sabía que siguiera estando en el candelero.

—No lo está, en realidad. ¿Tuviste un novio en la facultad?

—Sí. Resultó que también era gay. No me explico por qué rompimos. Pero no entiendo esto. ¿Tucker Crowe tiene una página web?

—Todo el mundo tiene una página web.

—¿De veras?

—Eso creo. Hoy día ya no se olvida a nadie. Se juntan siete fans australianos, tres canadienses, nueve británicos y un par de docenas de norteamericanos, y se empieza a hablar todos los días de alguien que no ha grabado nada en veinte años. Para eso es Internet. Para eso y para la pornografía. ¿Quieres saber qué temas tocó en Portland, Oregón, en 1985?

—No, la verdad.

—Entonces esta página no es para ti.

—¿Cómo es que sabes tanto de esto? ¿Estás entre los nueve británicos?

—No. No hay ninguna mujer a quien le importe gran cosa. Pero está mi..., ya sabes..., Duncan.

¿Cómo tenía que llamarlo? El hecho de no estar casada con Duncan se estaba volviendo tan irritante como ella imaginaba que el matrimonio lo había sido siempre para él. No iba a llamarlo «su novio». Duncan tenía cuarenta y tantos años, por el amor de Dios. ¿Compañero? ¿Compañero en la vida? ¿Amigo? Ninguna de esas palabras o expresiones parecía adecuada para definir su relación, y tal inadecuación era mucho más hiriente cuando se trataba de la palabra «amigo». Odiaba que la gente se pusiera a hablar y hablar de Peter o de Jane cuando uno no tenía la menor idea de quiénes eran. Quizá no debería mencionarlo nunca.

—Acaba de escribir un millón de palabras absurdas y las ha mandado a la página para que las vea el mundo. Si el mundo tuviera el menor interés, quiero decir.

Invitó a Ros a leer la reseña de Duncan, y Ros leyó las primeras líneas.

—Aah. Qué tierno...

Annie hizo una mueca.

—No critiques a la gente con pasiones —dijo Ros—. Sobre todo a los que tienen pasión por las artes. Son siempre los más interesantes.

Al parecer, todo el mundo había sucumbido a ese mito.

—Muy bien. La próxima vez que estés en el West End, vete a la salida de artistas de un teatro en el que haya un musical y hazte amiga de uno de esos cabrones tristes que esperan para conseguir un autógrafo. Verás lo interesantes que son.

—Me parece que tendré que comprar ese CD.

—No te molestes. Eso es lo que más me fastidia. Lo escuché, y Duncan está completamente equivocado. Y no sé por qué, pero me muero por decirlo.

—Deberías escribir otra crítica y ponerla junto a la suya.

—Oh, no soy una especialista. No me dejarían.

—Necesitan a alguien como tú. Porque si no todo esto desaparecería del mapa.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta del despacho de Annie. Una anciana con una sudadera con capucha estaba de pie ante la entrada tendiéndoles un sobre. Ros dio unos pasos hacia ella y lo cogió.

—Una foto del tiburón —dijo la anciana, y se fue con andares de pato.

Annie puso los ojos en blanco. Ros abrió el sobre, se echó a reír y le pasó la foto a Annie. Era el mismo hueco de la herida abierta que había visto en una de las otras fotos. Pero alguien había tenido la brillante idea de poner a un niñito encima del tiburón. La criatura estaba sentada con los pies desnudos, que le colgaban a un palmo del boquete del escualo; ambos, el niño y la herida, sollozaban.

—Jesús... —dijo Annie.

—Puede que aquí nadie fuera a ver a los Rolling Stones en 1964 —dijo Ros—. El tiburón muerto era el colmo de la diversión.

Annie empezó a escribir su crítica aquella misma noche. No tenía intención de enseñársela a nadie; era sólo un medio para comprobar si lo que pensaba significaba algo para ella. Era también un modo de hincar el tenedor en su irritación, que empezaba a inflarse como una salchicha sobre una parrilla de barbacoa. Si estallaba, podía imaginar consecuencias para las que aún no estaba preparada.

En el trabajo tenía que escribir —cartas, descripciones de las exposiciones, pies de foto, pequeños textos para la página web del museo —, pero le daba la impresión de que la mayoría de las veces tenía que pensar algo que decir, crear una opinión desde la nada. Esto era diferente; era lo único que podía hacer para dejar de seguir todos y cada uno de los ramales de pensamiento que había estado rumiando durante los dos días pasados. *Juliet, Naked* le había sugerido ideas sobre el arte y el trabajo, sobre su relación, sobre la relación de Tucker, sobre el misterioso atractivo de lo oscuro, sobre los hombres y la música, sobre el valor de los estribillos en las canciones, sobre el porqué de la armonía y sobre la necesidad de la ambición, y cada vez que terminaba un párrafo aparecía ante ella el siguiente, motu proprio y sin ninguna conexión con el anterior. Un día —decidió al fin— intentaría escribir sobre alguno de aquellos temas, pero se sentía incapaz de hacerlo en aquel momento; quería que la reseña fuera sobre aquellos dos álbumes, sobre la inconmensurable e indubitable

superioridad de uno sobre el otro. Y tal vez sobre lo que la gente (o, dicho de otro modo, Duncan) creía haber oído en *Naked* que en realidad no estaba, y por qué esa gente (él) oía esas cosas, y lo que esto nos decía sobre ella. Y quizá... No. Bastaba con eso. El álbum había creado tal turbulencia mental que Annie empezó a preguntarse brevemente si se trataba en verdad de una obra de talento, pero desechó la idea. Sabía por su grupo de lectura que las novelas, que a nadie del grupo le habían gustado podían dar lugar a charlas estimulantes e incluso útiles; eran las «ausencias» en *Naked* (y, por consiguiente, en Duncan) las que le habían hecho pensar, no las «presencias».

Entretanto, los amigos de Duncan en la página se habían dedicado a escuchar, y se habían enviado varias reseñas largas más. En Tuckerlandia era como si fuera Navidad; estaba claro que quienes eran creyentes habían dejado de trabajar para tomarse unos días de fiesta, a fin de dedicar el tiempo libre a su familia extensa de Internet, y —a juzgar por el tenor de algunas de las reseñas enviadas— celebrarlo con unas cuantas cervezas o un buen canuto de marihuana. «NO era una obra maestra, pero sí una obra magistral», era el encabezamiento de una de las críticas. «¿CUÁNDΟ VAN A DEJAR LOS MANDAMASES QUE SE CONOZCA TODO EL MATERIAL QUE AÚN NO SE CONOCE?», preguntaba otro, que siguió diciendo que sabía de buena fuente que existían diecisiete álbumes de este material en las cámaras acorazadas.

—¿Quién es ese tipo? —le preguntó Annie a Duncan, después de tratar de leer un párrafo de su febril y en ocasiones conmovedora prosa.

—Oh, ése... El pobre Jerry Warner. Enseñaba inglés en no sé qué colegio privado de no sé dónde, pero lo pillaron con uno de sus alumnos de secundaria hace un par de años, y desde entonces ha estado un poco desquiciado. Tiene demasiado tiempo libre. ¿Por qué sigues mirando la página web, de todas formas?

Annie había terminado su reseña. En cierto modo, *Juliet,, Naked* —o sus sentimientos sobre el álbum, al menos— le había hecho despertar de un profundo sueño: ahora quería cosas. Quería escribir, quería que Duncan leyera lo que escribía. Quería que los otros miembros del tablón de mensajes lo leyieran también. Estaba orgullosa de ello y hasta había

empezado a preguntarse si no sería socialmente útil en algún sentido. Algunos de aquellos maníáticos —esperaba— podían leerlo, enrojecer hasta las orejas y volver a su vida cotidiana. Sus deseos al respecto no tenían límite.

—He escrito algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre *Naked*.

Duncan la miró.

—¿Tú?

—Sí. Yo.

—Caray. Bien. Vaya. Ja.

Sonrió, se levantó y se puso a pasear por la habitación. Esta sería la reacción más parecida a la que habría tenido si Annie le hubiera comunicado que iba a ser padre de gemelos. No le había entusiasmado la noticia, pero sabía que no podía ser abiertamente desalentador.

—¿Y crees...? Bueno, ¿te crees *cualificada* para hacerlo?

—¿Es cuestión de cualificación?

—Interesante pregunta. Bien, tienes total libertad para escribir lo que te venga en gana.

—Gracias.

—Pero en esta página... la gente espera cierto nivel de especialización.

—En el primer párrafo de su mensaje, Jerry Warner dice que Tucker Crowe vive en Portugal en un garaje. ¿Te parece que es un especialista?

—No creo que tengas que tomar lo que dice al pie de la letra.

—¿No? ¿Vive en Portugal en un garaje de la mente, entonces?

—Sí, es un tipo imprevisible, ese Jerry. Pero es capaz de cantar cada palabra de cada canción de Crowe.

—Eso lo cualificaría para cantar a la puerta de un pub. Pero no lo convierte necesariamente en crítico.

—Haremos una cosa —dijo Duncan, como si acabara de sentir el impulso visceral de que a la señora que prepara el té en la oficina hubiera que ofrecerle un puesto en el consejo de administración de la empresa—. Déjame verlo.

Annie tenía la hoja en la mano, y se la tendió a Duncan.

—Oh, está bien. Gracias.

—Te dejo tranquilo para que la leas.

Subió a la planta de arriba, se tumbó en la cama y trató de leer el libro que tenía a medias, pero no podía concentrarse. Casi le oía sacudir la cabeza a través del suelo de tarima.

Duncan leyó el texto dos veces, con el único fin de ganar tiempo; lo cierto es que sabía que estaba metido en un aprieto desde la primera lectura, porque lo que había escrito Annie era algo a un tiempo muy bien escrito y muy equivocado. Annie no había cometido ningún error relativo a «hechos» —que él hubiera detectado (aunque, cuando él escribía algo, siempre había alguien en el tablón de mensajes que denunciaba alguna equivocación obvia y absolutamente irrelevante)—, pero su incapacidad para reconocer la brillantez del álbum era señal inequívoca de una carencia de gusto que lo horrorizaba. ¿Cómo se las había arreglado en el pasado para leer o ver o escuchar algo y llegar a la conclusión correcta sobre sus méritos? ¿Había sido sólo suerte? ¿O era simplemente el tedioso buen gusto de los suplementos dominicales de los periódicos? Le gustaban *Los Soprano*, bien, pero ¿a quién no? Esta vez Duncan había tenido ocasión de ver cómo Annie llegaba a sus propias conclusiones, y había resultado un fiasco.

Pero no podía negarse a poner su reseña en la página. No habría sido justo, y no quería asumir la responsabilidad de rechazar lo que había escrito. Y no es que diera la impresión de que pusiera en duda la grandeza de Tucker Crowe: su reseña, al fin y al cabo, era un himno largo y laudatorio a la perfección de *Vestida*. No, lo colgaría en la página y dejaría que los demás le dijeran lo que pensaban de ella.

Volvió a leerlo una vez más, con el propósito de cerciorarse, y esta vez se deprimió: ella era mucho mejor que él en todo salvo en el juicio (lo único que importaba al cabo, pero aun así...). Escribía bien, con fluidez y humor, y resultaba persuasiva —en caso de que quien lo leyera no hubiese escuchado la música—, y era encantadora. Él siempre intentaba ser estridente y avasallador y sabelotodo —hasta él se daba cuenta—. Y no era en estas cosas en lo que Annie era buena. ¿En qué situación le dejaba esto a él? ¿Y si los que leían su texto en la página no la ponían de vuelta y media? ¿Y si lo que hacían, en lugar de ello, era utilizarla como una hasta para

vapulearle a él? *Naked* —de la que para entonces ya había oído hablar casi todo el mundo— estaba uniendo una acogida contradictoria, y las reacciones negativas —se temía— las había provocado su reseña original y excesivamente entusiasta. Empezaba a cambiar de opinión sobre el hecho de aceptarla en su comunidad cuando la vio aparecer ante él.

—¿Y bien? —dijo ella. Estaba nerviosa.

—Bueno... —dijo él.

—Me da la impresión de estar esperando las notas de un examen.

—Lo siento. Estaba pensando sobre lo que has escrito.

—¿Y?

—Sabes que no estoy de acuerdo con ello. Pero no está nada mal.

—Oh, gracias.

—Y me alegrará colgarlo en la página, si es eso lo que quieras.

—Creo que es eso lo que quiero.

—Tienes que poner tu dirección de e-mail, ya lo sabes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y te escribirán unos cuantos chalados. Pero puedes limitarte a borrarlos, si no te apetece entrar en debates.

—¿Puedo usar un nombre falso?

—¿Por qué? Nadie sabe quién eres.

—¿Nunca has hecho mención de mí a ninguno de tus amigos?

—No, creo que no.

—Oh.

Annie pareció bastante desconcertada. Pero ¿era tan extraño que no lo hubiera hecho? Ninguno de los demás croweólogos vivía en la ciudad, y Duncan sólo hablaba con ellos de Tucker, o a veces sobre artistas relacionados con él.

—¿Habéis recibido alguna vez algún escrito de una mujer?

Duncan fingió pensar en ello. A menudo se había preguntado por qué no recibían mensajes más que de hombres de mediana edad, pero jamás se había preocupado gran cosa por ello. Ahora estaba a la defensiva.

—Sí —dijo—. Pero llevamos ya un tiempo sin mensajes de mujeres. Y, cuando escriben, de lo que quieren hablar es..., ya sabes, de lo atractivo que lo encontraban y demás.

Las únicas mujeres que alcanzaba a inventar, al parecer, eran cabezas huecas, incapaces de participar en un debate serio. Sólo había tenido un par de segundos para inventarlas, es cierto, pero aun así debería haber sido capaz de imaginar algo mejor. Si alguna vez escribía su novela, tendría que tener mucho cuidado con este asunto.

—¿Las mujeres lo encuentran atractivo?

—Dios. Pues claro.

Lo que decía empezaba a sonarle raro incluso a él mismo. Bueno, no raro, porque la atracción homosexual no era rara, por supuesto que no lo era. Pero sin duda había sonado más vehemente sobre el atractivo físico de Tucker de lo que habría deseado.

—Bien. Mándame esto en un adjunto y lo pondré en la página esta noche.

Y, tras un par de escaramuzas consigo mismo al respecto, cumplió lo prometido.

A la mañana siguiente, en el trabajo, Annie se sorprendió entrando en la página un par de veces cada hora. Al principio le parecía obvio esperar alguna respuesta a lo que había escrito —nunca lo había hecho hasta entonces, así que era normal que tuviera curiosidad por el desarrollo del proceso—. Horas después, sin embargo, cayó en la cuenta de que quería ganar, derrotar a Duncan por completo. Él había expresado su opinión, y su opinión había sido acogida con hostilidad, sarcasmo, desconfianza y envidia; ella quería que la gente fuera más amable con ella de lo que lo había sido con él, que apreciara más su elocuencia y agudeza, y, para su gran deleite, lo fue. A las cinco de la tarde siete personas ya habían colgado sus respuestas en la sección «comentarios», y seis de ellas eran amistosas —deslavazadas, y decepcionantemente breves, pero amistosas al fin—. «¡Interesante texto, Annie!» «Bienvenida a nuestra pequeña "comunidad" online. ¡Buen trabajo!» «Estoy totalmente de acuerdo contigo. Duncan está tan perdido que ya ha desaparecido del radar.» La única persona que quería dejar bien claro que no le había gustado su aportación no parecía muy contento con nada. «Tucker Crowe está ACABADO, a ver si lo superáis de una vez; sois patéticos, siempre dale que dale con un cantante que no ha hecho ningún disco en veinte años. Estaba sobrevalorado entonces, y está

sobrevalorado hoy, y Morrissey es mucho mejor que él; tanto que casi da vergüenza.»

Se preguntó por qué la gente se molestaba en contestar en las páginas web; pero «por qué molestarsé» no era nunca una pregunta que uno podría formularse acerca de casi nada en Internet, porque de otra forma todo el tinglado de la red global se desinflaría y quedaría en nada. ¿Por qué se había molestado ella? ¿Por qué se molesta nadie? Annie, en líneas generales, era partidaria de molestarsé; y, en tal caso, gracias, MrMozza⁷, por su aportación, y gracias a todos los demás de todas las demás páginas.

Justo antes de apagar el ordenador y clausurar la jornada, volvió a mirar su correo electrónico. Sospechaba que Duncan le había dicho que tenía que dar una dirección para asustarla; y estaba claro que la sección de comentarlos era el método mejor para obtener respuestas. Duncan había dado a entender que caerían sobre ella una horda de ciberacosadores, que escupirían su bilis contra ella y la amenazarían con vengarse, pero de momento no veía nada semejante.

Había, sin embargo, dos e-mails de alguien llamado Alfired Mantalini. El primero se titulaba «Tu reseña». Era muy breve. Decía, simplemente: «Gracias por tus amables y perspicaces palabras. Las agradezco de verdad. Mis mejores deseos, Tucker Crowe.» El encabezamiento del segundo era «PS», y decía: «No sé si sales con alguno de esa página, pero todos me parecen una gente muy extraña, y te quedaría muy agradecido si no les pasaras mi dirección.»

¿Era posible? Hasta el mero hecho de preguntárselo parecía estúpido, y la súbita falta de aliento era sencillamente patética. Por supuesto que no era posible. Era, cómo no, una broma; aunque una broma carente por completo de humor alguno. ¿Por qué preocuparse? Más valía no preguntar. Puso la chaqueta sobre el respaldo de la silla y dejó el bolso en el suelo. ¿Cuál podría ser una respuesta con gracia? «Que te den, Duncan.» ¿No sería mejor no hacer ni caso? Pero ¿y si...?

Trató de burlarse de sí misma otra vez, pero la mofa de uno mismo sólo funcionaba —cayó en la cuenta— si se pensaba con la cabeza de Duncan; es decir, si ella creía realmente que Tucker Crowe era el hombre más famoso del mundo, y que existían más posibilidades de que se pusiera en

contacto con ella así, por las buenas, el propio Russell Crowe. Tucker Crowe, sin embargo, era un oscuro músico de la década de 1980 que probablemente no tenía muchas más cosas que hacer por la noche que mirar las páginas web dedicadas a su memoria y sacudir la cabeza con incredulidad. Y Annie ciertamente podía entender por qué no tendría ninguna ganas de contactar con Duncan o con cualquiera de los demás: la antorcha que sostenían sobre sus cabezas ardía con una llama demasiado intensa. ¿Por qué Alfred Mantalini? Miró el nombre en Google. Al parecer, Alfred Mantalini era un personaje de *Nicholas Nickleby*, haragán y tenorio que acaba llevando a la bancarrota a su mujer. Bueno, eso podría encajar, ¿no? Sobre todo si a Tucker Crowe no le importaba ironizar sobre sí mismo. Rápidamente, antes de pararse a pensarlo dos veces, hizo clic en «responder» y tecleó: «No eres tú realmente, ¿verdad?»

Aquel hombre era a un tiempo una presencia y una ausencia desde hacía quince años, y la idea de que acabara de enviarle un mensaje de respuesta que podría aparecer en algún lugar de su casa —si es que tenía alguna— se le antojaba absurda. Esperó en el trabajo durante una o dos horas más, Con la esperanza de recibir una respuesta, y al final se marchó a casa.

Tucker Crowe

De la Wikipedia, la enciclopedia libre

Tucker Jerome Crowe (nacido el 9 de junio de 1953) es un cantautor y guitarrista norteamericano. Crowe estuvo en primer plano de la actualidad musical de mediados a finales de los años setenta, primero como líder y cantante de la banda The Politics of Joy y luego como artista en solitario. Influenciado tanto por otros cantautores norteamericanos como Bob Dylan, Bruce Springsteen y Leonard Cohén como por el guitarrista Tom Verlaine, alcanzó un creciente éxito de crítica tras unos comienzos difíciles, y culminó su madurez artística con lo que se considera su obra maestra, *Juliet*, en 1986, álbum sobre su ruptura con Julie Beatty que suele figurar en las listas de «Mejores canciones de todos los tiempos». Durante la gira de promoción de este álbum, sin embargo, Crowe se retiró bruscamente de la vida pública, al parecer después de cierto incidente que le cambió la vida en los servicios de caballeros de un club de Minneapolis, y desde entonces no ha creado más música ni hablado con los medios de comunicación sobre su desaparición de escena.

Biografía

Primeros años

Crowe nació y creció en Bozeman, Montana. Su padre, Jerome, era propietario de una tintorería y su madre, Cynthia, daba clases particulares de música. Varias canciones de sus álbumes de la primera época tratan de la relación con sus padres; por ejemplo «Perc and Tickets» (de Tucker Crowe, siendo «perc» la abreviatura de «percloroetileno», producto químico utilizado en el proceso de limpieza). «Her piano» (de *Infidelity and Other Domestic Investigations*), un tributo a su madre escrito después de su muerte de cáncer de mama en 1983. El hermano mayor de Crowe, Ed, murió en 1972, a la edad de veintiún años, en un accidente de coche. La investigación reveló que tenía un «elevado» grado de alcohol en la sangre.

Inicio de su carrera artística

Tucker Crowe creó The Politics of Joy en Montana, y abandonó el colegio para salir de gira con su grupo. Se separaron antes de que les ofrecieran un contrato para grabar un disco, aunque la mayoría de los miembros del grupo siguió tocando con Crowe en sus álbumes y giras, y su tercera obra se tituló *Tucker Crowe And The Politics of Joy*. Su primer álbum —cuyo título era su propio nombre— salió en 1977, y fue un célebre fracaso en la industria de la música: la confianza de la compañía discográfica en su artista llevó a ésta a poner una serie de anuncios en revistas comerciales y en vallas publicitarias con el desmedido eslogan de BRUCE MÁS BOB MÁS LEONARD IGUAL A TUCKER, bajo el que se exhibía una fotografía de Crowe haciendo un mohín, con los ojos perfilados y un sombrero Stetson. En octubre de 1977, Crowe fue detenido por tratar de arrancar un póster gigante en Sunset Boulevard, Hollywood, California. Los críticos de rock fueron despiadados —Greil Marcus, de *Creem*, terminaba su reseña con la siguiente frase: «Tonterías, más pose visionaria, más John Denver, lo cual equivale a ¿qué?» Tucker, herido, grabó un EP feroz de cuatro temas: «¿Puede oírme alguien?» (ahora éste era el nombre de una página web seria, a veces pomposa, en la que se debatía sobre su música), que contribuyó a que cambiara la acogida de la crítica, y, por ende, su suerte.

Giras y conciertos

Crowe realizó numerosas giras entre 1977 y el día de su retirada, aunque a sus conciertos en vivo suele atribuirseles una calidad desigual —algo debido sobre todo a su alcoholismo—. Algunas actuaciones podían ser muy cortas (cuarenta y cinco minutos, por ejemplo), con largos paréntesis entre canciones, tan sólo quebrados por los improperios (y manifiesto desprecio) del artista para con su auditorio; otras veces, como muestra claramente la grabación pirata de la velada justamente memorable «En la Ole Miss»,^[9] tocó durante dos horas y media ante una multitud devota, en éxtasis. Con demasiada frecuencia, sin embargo, los conciertos de Tucker Crowe degeneraban en insultos y violencia: en Colonia, Alemania, Crowe saltó sobre la multitud y asentó un puñetazo a un fan que acababa de pedir un tema que a él no le apetecía tocar. La mayoría de los integrantes de The Politics of Joy habían dejado el grupo antes de que la carrera de Crowe se

viera interrumpida bruscamente, y la mayoría de ellos alegaba el maltrato como causa de su marcha.

Vida personal

Se cree que Tucker Crowe es el padre de Carrie, la hija de Julie Beatty nacida en 1987, aunque su madre ha negado siempre tal paternidad. Se cree asimismo que Tucker Crowe dejó el alcohol totalmente.

Retiro

Se cree que Tucker Crowe vive en una granja de Pennsylvania, aunque se sabe muy poco de cómo ha pasado las últimas dos décadas. Los rumores de su vuelta son frecuentes, pero hasta el momento infundados. Algunos fans detectan su participación en algunos álbumes de los Connnections y los Genuine Articles; en el álbum *Sí, otra vez* (2005), del recompuesto The Politics of Joy, figuran —erróneamente, a juicio del grupo— dos temas de Crowe. En 2008 apareció *Juliet, Naked*, un álbum de versiones demo de los temas de *Juliet*.

Discografía

Tucker Crowe — 1977

Infidelity and Other Domestic Investigations — 1979

Tucker Crowe and The Politics of Joy — 1981

You and Me Both — 1983

Juliet — 1986

Juliet, Naked — 2008

Premios y nominaciones

Crowe recibió un diploma honorario de la Universidad de Montana en 1985. Juliet fue nominado para un Grammy en la categoría de «Mejor Álbum» en 1986. Crowe fue nominado para un Grammy en la categoría «Mejor actuación de rock masculina», por «You and Your Perfect Life», ese mismo año.

4

Mientras Annie esperaba esperanzada en su oficina la respuesta de Tucker Crowe, Tucker Crowe se paseaba por el supermercado local en compañía de su hijo de seis años Jackson, tratando de comprar comida sana y familiar para alguien que ninguno de los dos conocía muy bien.

—¿Perritos calientes?

—Sí.

—A ti ya sé que te gustan. Te preguntaba si crees que a Lizzie le gustarán también.

—No lo sé.

No había razón alguna para que lo supiera.

—He vuelto a olvidar quién es —dijo Jackson—. Lo siento.

—Es tu hermana.

—Sí, lo sé —dijo el chico—. Pero... *¿por qué* lo es?

—Ya sabes lo que es una hermana —dijo Tucker.

—No de esa clase.

—Es igual que todas las de las demás clases.

Pero, por supuesto, no lo era. Tucker estaba siendo insincero. Para un chico de seis años, una hermana era alguien a quien veías en la mesa del desayuno, alguien con quien discutías los programas de televisión que querías ver, alguien cuyas fiestas de cumpleaños tratabas de evitar porque eran una cursilada, alguien cuyas amigas se reían de ti una fracción de segundo antes de que salieras del cuarto. La chica que iba a venir a estar con ellos tenía veinte años y nunca había venido a quedarse un tiempo en casa antes de aquel día. Jackson ni siquiera había visto una fotografía de ella, así que difícilmente podría ser capaz de saber si era o no vegetariana. Y no es

que fuera la primera vez que a Jackson le caía encima una misteriosa hermana. Un par de años atrás, Tucker le había presentado a dos hermanos gemelos de los que él no había tenido la menor noticia previa, y ninguno de los dos habían dejado en su vida impronta alguna.

—Lo siento, Jackson. A ti debe de parecerme una hermana de otra clase. Es hermana tuya porque los dos tenéis el mismo padre.

—¿Quién es su padre?

—¿Quién? ¿Quién crees tú? ¿Quién es tu padre?

—¿O sea que tú eres también su padre?

—Eso es.

—Como eres el padre de Cooper.

—Sí.

—¿Y de Jesse?

Cooper y Jesse eran los dos gemelos recientemente incorporados al censo fraterno.

—Lo vas pillando...

—¿Y quién es su madre esta vez?

Jackson hizo esta pregunta con tal doliente cansancio del mundo que Tucker no pudo evitar reírse.

—Esta vez es Natalie.

—¿Natalie la de preescolar de mi colegio?

—Ja! No. No la Natalie de preescolar de tu colegio.

Tucker tuvo una súbita y no poco grata visión de la Natalie de preescolar del colegio de Jackson. Era una ayudante de diecinueve años, rubia y risueña. Hubo un tiempo..., como James Brown cantó una vez.

—¿Quién, entonces?

—No la conoces. Ahora vive en Inglaterra. Vivía en Nueva York cuando la conocí.

—¿Y mi hermana?

—Ha estado viviendo con su madre en Inglaterra. Pero ahora va a ir a la universidad en este país. Es muy inteligente.

Todos sus hijos eran inteligentes, y su inteligencia era una fuente de orgullo para él —posiblemente inmerecido, habida cuenta de que sólo se había podido ocupar de la educación de Jackson—. ¿Podía vanagloriarse de

haber decidido fecundar sólo a mujeres inteligentes? Probablemente no. Bien sabía Dios que se había acostado con algunas verdaderamente obtusas.

—¿Me leerá? Cooper y Jesse me leían. Y Grace.

Grace era otra hija de Tucker, la primogénita: Tucker ni siquiera podía oír el nombre de Grace sin dar un resingo. Había sido un desastre de padre para Lizzie y Jesse y Cooper, pero tales deficiencias parecían, en cierto modo, disculpables; él se las perdonaba a sí mismo, en todo caso, por mucho que sus hijos y sus madres respectivas no se sintieran tan indulgentes. Pero Grace... Grace era otra historia. Jackson la había visto una vez, y Tucker se había pasado toda la visita bañado por un sudor frío, pese a que su primogénita había mostrado el mismo natural tierno de su madre. Y eso lo empeoraba todo, de alguna forma.

—¿Por qué no le lees tú a ella? Se quedará impresionada.

Metió las salchichas en el carro de la compra, y luego las sacó y las volvió a dejar en el expositor. ¿Qué porcentaje de chicas inteligentes eran vegetarianas? Podía llegar hasta el cincuenta por ciento, ¿no? Así que las probabilidades de que comiera carne eran las mismas. Volvió a poner las salchichas en el carro. El problema es que ni siquiera las jovencitas carnívoras querrían comer carne roja. Bien, pues las salchichas de Frankfurt eran rosadas-anaranjadas. ¿Lo rosado-anaranjado podía considerarse rojo? Estaba casi seguro de que su tonalidad extraña se debía a la química y no a ningún elemento sanguíneo. Los vegetarianos comían cosas químicas, ¿no? Las dejaba en el carro, pues. Le habría gustado engendrar a un mecánico de treinta años que hubiera nacido en Tejas y que bebiera como un cosaco. Entonces tendría que comprar bistecs y cerveza y un cartón de Marlboro, y listo. Tal hipótesis en concreto, sin embargo, habría implicado probablemente por su parte la fecundación de alguna sexy camarera tejana de treinta años, y Tucker había malgastado su juventud con modelos inglesas mortalmente pálidas, con pómulos en lugar de pechos, y ahora estaba pagando el precio. Aunque, bien pensado, también entonces pagó un precio. ¿En qué habría estado pensando?

—¿Qué estás haciendo, papá?

—No sé si come carne o no.

—¿Por qué no va a comer carne?

—Porque alguna gente cree que comer carne está mal. Y otra gente cree que te sienta mal. Y otra gente cree las dos cosas.

—¿Y qué creemos nosotros?

—Supongo que creemos las dos cosas, pero no nos molestamos en hacer nada al respecto.

—¿Por qué hay gente que cree que es malo?

—Crean que es malo para el corazón.

De nada habría servido hablarle a Jackson del colon.

—¿Puede dejar de latirte el corazón si comes carne? Pero tú comes carne, papá.

Había un timbre de pánico en la voz de Jackson, y Tucker maldijo para sus adentros. Él les había metido a ambos en aquel brete, el muy imbécil. Jackson había descubierto hacia poco que su padre iba a morir algún día de la primera mitad del siglo XXI, y su pena prematura podía desatársele en cualquier momento, por cualquier razón, incluidos los principios primordiales del vegetarianismo. Lo que empeoraba las cosas era que la desesperanza existencial de Jackson había coincidido con la del propio Tucker (y no sólo eso, sino que tras coincidir con la de su padre su desesperanza había salido reforzada). El quincuagésimo quinto cumpleaños de Tucker parecía haber desencadenado un brote particularmente agudo de melancolía que dudaba que fuera a mejorar gran cosa en los cumpleaños por venir.

—No como tanta carne.

—Eso es mentira, papá. Comes montones de carne. Esta mañana has comido beicon. Y ayer por la noche hiciste hamburguesas.

—He dicho que sólo es lo que alguna gente cree, Jack. No he dicho que sea verdad.

—¿Entonces por qué creemos que es verdad si no lo es?

—Creemos que los Phillies van a ganar la World Series todos los años, pero tampoco es verdad.

Volvió a dejar las salchichas en el expositor por última vez y condujo a Jackson hacia donde estaban los pollos. El pollo no era ni rosado ni anaranjado, y podía hablarle de sus propiedades saludables sin sentir que le mentía demasiado.

Al llegar a casa dejaron las compras de cualquier manera y volvieron a salir para Newark a recoger a Lizzie.

Tucker esperaba que su hija le gustase, pero los indicios no eran nada prometedores: se habían intercambiado e-mails durante un tiempo, y la chica parecía iracunda y difícil. Debía conceder, sin embargo, que eso no significaría necesariamente que fuera una persona iracunda y difícil: a sus hijas les había costado mucho perdonarle el estilo paterno que había adoptado para sus primeros vástagos, que había acabado equivaliendo a una completa ausencia de sus vidas. Y ahora Tucker empezaba a aprender que algunos de sus hijos siempre volvían a entrar en su vida en ciertos momentos cruciales —bien de sus vidas o bien de las de sus madres—, y ello hacía que sus visitas tendiesen a abrumarle. Trataba de reducir en él la actividad introspectiva, así que lo que menos necesitaba era «importarla» de fuera.

Camino del aeropuerto, Jackson le habló del colegio, de béisbol y de la muerte hasta que se quedó dormido, y Tucker escuchó una vieja casete miscelánea de rhythm and blues que había encontrado en el maletero. Ya no le quedaban más que unas cuantas, así que cuando ya no le quedara ninguna tendría que encontrar el dinero suficiente para un camión nuevo. No concebía la vida en carretera sin música. Canturreó con los Chilites en voz baja, para no despertar a Jackson, y se sorprendió a sí mismo pensando acerca de la pregunta que le había hecho aquella mujer en su e-mail: «No eres tú realmente, ¿verdad?» Bien, pues sí: era él; apenas le cabían dudas al respecto, pero por una u otra razón había empezado a inquietarle cómo podría probárselo. Porque por más que pensaba no se le ocurría ninguna forma de afirmar su identidad sin dejar el menor asomo de duda. No quedaba detalle alguno, por trivial que fuera, en su música que hubiera escapado al escrutinio de aquella gente, así que decirle quién le había hecho el coro en un par de canciones sin aparecer luego en los créditos no habría ayudado gran cosa. Y casi todos los detalles de las trivialidades biográficas sobre su persona que surcaban el espacio de Internet cual trozos de chatarra espacial eran absolutamente falsos —que él supiera—. Ni uno solo de

aquellos aduladores tenía la menor noticia, por ejemplo, de que tenía cinco hijos, de cuatro mujeres diferentes; pero sabían que tenía un hijo secreto de Julie Beatty, que era posiblemente la única mujer a la que había evitado dejar embarazada. ¿Y cuándo iban a dejar de dar la lata con algo que le había sucedido en un aseo de caballeros de Minneapolis?

Trataba denodadamente de no inflar en exceso su importancia en el cosmos. La mayoría de la gente lo había olvidado; muy de cuando en cuando —suponía— se topaba uno con su nombre en alguna revista musical —algunos de los periodistas de más edad aún seguían citándolo a veces como punto de referencia—, o en la colección de viejos vinilos de alguien, y pensaba: «Ah, sí. Mi compañero de cuarto en la universidad solía escuchar sus discos.» Pero Internet lo había cambiado todo: ya nadie caía en el olvido. Si tecleaba su nombre en Google salían miles de entradas, y en consecuencia había empezado a pensar que, en cierto modo, su carrera era algo aún en plena vigencia y no algo muerto hacía ya mucho tiempo. Si se buscaba en las páginas adecuadas, Tucker Crowe era un genio misterioso que había dado en recluirse, y no un tal Tucker Crowe, antiguo músico y ex persona. Al principio se sintió halagado al ver que había gente que se dedicaba a mantener debates online sobre su música, lo cual contribuía a restaurar algunas de las cosas barridas por todo lo que le había sucedido desde su retirada. Pero poco después esta gente le hacía sentirse mal, sobre todo cuando centraban su atención veleidosa en *Juliet*. Todavía. Si hubiera seguido haciendo álbumes probablemente ahora no sería más que una cansina antigua, o, en el mejor de los casos, un héroe de culto que se ganaba la vida en clubs, o en ocasiones como actuación de apoyo de algún grupo al que estaba ayudando en sus comienzos, aunque no fuera capaz de detectar ninguna influencia suya en su música. Así que abandonar la música había sido un paso muy inteligente en su carrera —siempre, claro está, que le tuviera sin cuidado la consecuencia inevitable: carecer de tal carrera a partir de ese mismo instante.

Tucker y Jackson llegaron tarde, y encontraron a Lizzie vagando de un lado a otro a lo largo de la fila de limusinas cuyos chóferes hacían señas con la

mano, con la vana esperanza de que su padre hubiera mandado un coche a recogerla. Tucker le dio un par de golpecitos en la espalda, y Lizzie se volvió en redondo, asustada.

—Eh —le dijo Tucker.

—Oh, hola —dijo ella—. ¿Tucker?

Tucker asintió con la cabeza, y trató de transmitirle sin palabras que, fuera lo que fuere lo que le apeteciera a ella hacer, a él le parecería de perlas. Podía echarle los brazos al cuello y llorar; podía darle un besito en la mejilla, estrecharle la mano, ignorarle por completo y echar a andar hacia el camión en silencio. Se estaba convirtiendo en un experto en lo que empezaba a llamar algo así como Reinserción Paterna. Una disciplina de la que seguramente podría dar clases. Actualmente existía mucha gente a la que podrían hacerle falta.

Si Tucker no hubiera desaprobado los estereotipos sobre nacionalidades, habría descrito como inglés el saludo de Lizzie. Le había sonreído con cortesía, le había dado un beso en la mejilla y aún se las había arreglado para sugerir que Tucker representaba a toda la «fauna de la charca» que no había podido acudir al aeropuerto a causa de otros compromisos.

—Y yo soy Jackson —dijo el chico con una impresionante gravedad moral—. Soy tu hermano. Estoy encantado de conocerte.

Por una u otra razón, Jackson opinaba que eludir parte de las formas verbales era impropio en situaciones de tal trascendencia.

—Medio hermano —dijo Lizzie, innecesariamente.

—Exacto —dijo Jackson, y Lizzie se echó a reír. Tucker se alegró de haberlo llevado al aeropuerto.

La conversación en la primera parte del trayecto a casa resultó razonablemente fácil. Hablaron del vuelo de Lizzie, de las películas que había visto y de la pareja a la que había reprendido un auxiliar de vuelo por conducta inapropiada («besueos», lo llamó Lizzie después de un concienzudo interrogatorio al respecto de Jackson). Este le preguntó por su madre, y ella le habló de sus estudios. Dicho de otro modo, hicieron lo que pudieron, habida cuenta de que eran unos completos desconocidos que compartían un vehículo. A veces a Tucker le desconcertaba la obsesión de la sociedad por el padre biológico. Todos sus hijos habían sido criados por

madres competentes y padrastros amorosos; ¿para qué le necesitaban a él, entonces? Ellos (o sus madres) siempre hablaban de que querían saber de dónde venían y quiénes eran, pero él cuanto más lo oía menos lo entendía. Tenía la impresión de que siempre sabían quiénes eran. El jamás podría decirles algo así, y si osaba hacerlo pensarían que era un absoluto imbécil.

El tenor de la conversación cambió en la segunda mitad del trayecto a casa, cuando salieron de la autopista.

—Mi novio es músico —dijo de pronto.

—Qué bien —dijo Tucker.

—Cuando le dije que eras mi padre, no podía creérselo.

—¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta y cinco?

—No.

—Lo decía en broma. La mayoría de la gente joven no conoce mi trabajo.

—Oh, ya. No. Él sí lo conoce. Creo que quiere conocerte. Quizá la próxima vez que venga, él venga conmigo.

—Claro.

—¿La próxima vez? Seguramente aquella visita era una especie de «período de prueba», si no una «entrevista de trabajo».

—Puede que en Navidad.

—Sí —dijo Jackson—. Jesse y Cooper vienen en Navidad. Sería divertido que vinieras tú también.

—¿Quiénes son Jesse y Cooper?

Oh, mierda, pensó Tucker. ¿Cómo había sucedido aquello? Estaba casi seguro de haberle hablado a Natalie de los gemelos, y casi tenía la certeza de que Natalie le había pasado la información a Lizzie. Y obviamente no era así. Aquél era otro ejemplo de algo que debía haber hecho él mismo, por poco sentido paternal que tuviera. Los ejemplos nunca dejaban de surgir. Eran inagotables. Leería sobre el hecho de ser padre, si pensara que podría ayudarle en algo, pero sus errores parecían siempre demasiado básicos para figurar en los manuales. «Decirles siempre a tus hijos que tienen hermanos...» No podía imaginar a ningún gurú de la educación de los hijos tomándose la molestia de escribir algo semejante. Tal vez hubiera una laguna en ese campo.

—Son mis hermanos —dijo Jackson—. Medio hermanos. Como tú. Como yo.

—¿Cat ha tenido hijos de otra relación? —dijo Lizzie.

Incluso tal información tangencial parecía resultarle claramente irritante, siendo algo que ella seguramente tenía derecho a saber. Y si le irritaba la idea de que Cat hubiera tenido hijos de los que ella no tenía noticia, aún le irritaría más enterarse —supuso Tucker— que aquellos hijos eran de su padre. ¿O se estaba equivocando con ella? Quizá se pondría realmente contenta al saber que tenía más hermanos de los que sospechaba. Más hermanos, más diversión, ¿no?

—No —dijo Tucker.

—¿Entonces...?

Tucker no quería que ella lo dedujera todo por sí misma. Quería poder decir que había sido él quien se lo había comunicado, aunque en realidad fuera a decirlo doce años después del acontecimiento.

—Jesse y Cooper son hijos míos.

—¿Tuyos?

—Sí. Gemelos.

—¿Cuándo?

—Bueno, hace unos cuantos años ya. Tienen doce.

Lizzie sacudió la cabeza con amargura.

—Creí que lo sabías —dijo Tucker.

—No —dijo Lizzie—. Si lo hubiera sabido, te aseguro que no hubiera hecho como que no lo sabía. ¿Qué sentido tendría hacerlo?

—Te gustarán —dijo Jackson, seguro de lo que decía—. A mí me gustaron. Pero no juegues con ellos a ningún videojuego... Porque te destrozarán.

—Dios santo... —dijo Lizzie.

—Lo sé, ¿vale?

—¿Y han estado contigo algún tiempo?

—Hasta ahora sólo una vez —dijo Tucker.

—¿Así que sólo soy una más en la cinta transportadora?

—Sí. Tendrás que irte antes de mañana, porque si no el siguiente chocaría contigo y se montaría un buen atasco. He perdido hijos de esa

forma.

—¿Te parece que es para tomárselo a broma?

—No. Lo siento, Lizzie.

—Eso espero. Eres realmente increíble, Tucker.

En la memoria de Tucker, la madre de Lizzie había quedado reducida a una bella fotografía que Richard Avedon le había sacado en 1982 —para la publicidad de una firma de cosmética— y que Tucker aún conservaba en alpina parte. Él había llegado a perder de vista su estupidez, mi altanería, su fragilidad y su extraordinaria falta de sentido del humor. ¿Cómo había llegado a olvidar tales rasgos, cuando podían explicar —en un cincuenta por ciento— por qué se habían separado antes incluso de que naciera Lizzie? (Era generoso al atribuir a esas cuatro tachas el cincuenta por ciento del fracaso de su relación, pero dado que también se había separado de muchas, muchas mujeres que no adolecían de ninguna de ellas, la lógica le aconsejaba asumir también parte de la culpa.) ¿Y por qué nunca le habían atraído las cálidas camareras tejanas? ¿Por qué le había parecido tan irresistible una gélida chica inglesa? Se suponía que Natalie había sido la sustituta de Julie Beatty; la había conocido en un momento de su vida en que estaba siempre borracho, yendo de fiesta en fiesta por la sencilla razón de que seguían invitándole a ellas. Empezaba a sospechar que las invitaciones dejarían de llegarle un día, y también las modelos hermosas, y Natalie había sido su último gran ¡hurra! (Aunque ella, por supuesto, no hubiera emitido jamás una exclamación tan toscamente entusiasta como esa.)

—Dejad de discutir. Oye, Lizzie —dijo Jackson, animosamente—. ¿Comes carne?

—No —dijo Lizzie—. No la he probado desde que tenía tu edad. Me hace sentirme mal, y toda esa industria alrededor de ella me parece moralmente repugnante.

—Pero comes pollo, ¿no?

Tucker se echó a reír. Lizzie no.

Cuando Cat oyó que el coche entraba en el camino de acceso, abrió la puerta mosquitera y se quedó de pie en el porche, controlando a Pomus para que no saltara sobre los recién llegados. Tucker la miró, tratando de calibrar su estado de ánimo. Cat no había ayudado mucho durante la visita de los gemelos, pero la cosa tenía que ver más bien con su madre: Tucker le había contado a Cat, poco después del inicio de su relación, que su ruptura con Carrie había sido muy difícil para él, y que tenía un vago recuerdo de que tal dificultad se derivaba de la excelencia de su relación sexual con ella. Y le sorprendió que esa revelación le hubiera dolido tanto a Cat. Había supuesto que le parecería consolador oír que era muy duro acabar con algunas relaciones, y que no todo era pasar por ellas sin sufrir el menor daño.

Tucker llevó la bolsa de Lizzie al interior de la casa y presentó a las dos mujeres. Durante un instante todos quedaron como petrificados y sonrientes, aunque la sonrisa de Lizzie era un gesto funcional, de labios delgados, que no indicaba demasiada calidez o contento. Cat ya no era ninguna jovencita —cayó en la cuenta Tucker, ahora que había en la casa una jovencita auténtica—: la vida la había castigado alrededor de los ojos, y en los labios, y quizá incluso en la mitad de la cara. ¡Tucker ya no era, pues, un viejo pervertido! ¡Cat era una mujer hecha y derecha! Pero, por otra parte, ¡él y Jackson la habían esquilmado! Había malbaratado su juventud en ellos, ¡y ellos le habían pagado haciendo que pareciera abrumada y vieja! De pronto quiso abrazarla, y decirle que lo sentía, pero aquel preciso instante, minutos después de que hubiera llegado a la casa una invitada que además era su hija, probablemente no era el momento adecuado.

—Sentaos en el jardín trasero —dijo Cat—. Os llevaré algo de beber.

Mientras atravesaban la casa, Jackson iba señalando puntos de interés histórico: sitios donde se había hecho daño, dibujos suyos. Lizzie no parecía muy impresionada.

—Creí que vivías en una granja —dijo, cuando estuvieron sentados en sillas y bancos.

—¿Por qué pensabas eso? —dijo Tucker.

—Lo leí en la Wikipedia.

—¿Y ponía algo de ti? ¿O de Jackson?

—No. Ponía que se rumoreaba que habías tenido un hijo con Julie Beatty.

—¿Y vas y les crees cuando dicen que vivo en una granja? Además, tienes mi número de teléfono y mi dirección de correo electrónico. ¿Por qué no me preguntaste directamente dónde vivía?

—Parecía una pregunta un poco rara para hacérsela a mi propio padre. Quizá tendrías que escribir tu propia página en la Wikipedia. Así tus hijos sabrían algo de ti.

—Tenemos animales —dijo Jackson, a la defensiva—. Gallinas. Pomus. Un conejo que se murió.

El conejo se lo habían recomendado a la familia como un medio de aliviar el miedo de Jackson a una inminente muerte de su padre. Tucker no lograba recordar con precisión de qué forma se suponía que funcionaba esa teoría: tal vez el chico aprendería el orden natural de las cosas cuidando a una mascota hasta su muerte, ¿era eso? La cosa parecía tener sentido cuando se la recomendaron, pero el conejo murió al cabo de dos días, y ahora Jackson no paraba de hablar de su conejito muerto. Era cierto, sin embargo, que Jackson parecía tomarse con un poco más de tranquilidad el final de la vida de Tucker, que ahora podía esperarse en cualquier momento.

—El conejo está enterrado allí —le dijo Jackson a Lizzie, apuntando con el dedo hacia una cruz de madera que había al borde del césped—. Papá irá después, ¿verdad, papi?

—Sí —dijo Tucker—. Pero aún no.

—Pero pronto —dijo Jackson—. ¿Cuando yo cumpla siete, a lo mejor?

—Después —dijo Tucker.

—Bueno. Quizá —dijo Jackson, dubitativo, como si el objeto de la conversación fuera consolar a Tucker.

—¿Tu madre se ha muerto ya, Lizzie?

—No —dijo Lizzie.

—¿Está bien? —preguntó Tucker.

—Está muy bien, gracias por preguntarlo —dijo Lizzie. ¿Había acritud en su respuesta? Probablemente—. Fue a ella a quien se le ocurrió que

viniera a verte.

—Está bien —dijo Tucker.

—Es por eso —dijo Lizzie.

—Ajá.

Eso, lo otro... Todo acababa siendo la misma cosa, más o menos, así que por qué insistir en una definición...

—Cuando caes en la cuenta de que vas a tener un hijo propio quieres entender más de todo.

—Sí, claro.

—Lo has adivinado, ¿no?

—¿Qué?

—Lo que acabo de decir.

Intuyó que le había sido transmitida alguna información que él aún no había procesado debidamente. Quizá no debería tratar esas conversaciones tipo «nos estamos conociendo» como pertenecientes a un género.

—Un momento —dijo Jackson—. Eso significa... Eres mi hermana, ¿no?

—Medio hermana.

—Y entonces..., yo voy a ser... ¿Qué voy a ser?

—Vas a ser tío.

—Genial.

—Y él va a ser abuelo.

Tucker entendió por fin de qué estaban hablando cuando Jackson rompió a llorar y salió corriendo a buscar a su madre.

Al final Lizzie se ablandó un poco —al menos por la parte que le tocaba a Jackson—, cuando Tucker lo trajo de nuevo a la sala un par de minutos después.

—Eso no quiere decir que tu papá sea viejo —le dijo—. No lo es.

—Bien, ¿y cuántos chicos de mi colegio tienen papas que son abuelos?

—No muchos, estoy segura.

—Ninguno —dijo Jackson—. Ni uno solo.

—Jack, ya hemos hablado de eso —dijo Tucker—. Tengo cincuenta y cinco años. Tú tienes seis. Yo voy a vivir muchos años. Serás un hombre mayor antes de que yo esté listo para morirme. Tendrás cuarenta, quizá. Estarás harto de mí.

Tucker no habría apostado un centavo por esta predicción sobre su esperanza de vida. Treinta años fumando, diez años de dependencia del alcohol... Sería asombroso si llegara a cumplir sus tres veintenas más diez de la Biblia.

—No sabes si tendré cuarenta —dijo Jackson—. Podrías morirte mañana mismo.

—No voy a morirme mañana.

—Pero podrías.

A Tucker siempre le dejaba fuera de juego la lógica en estas conversaciones. Sí, podría morir mañana mismo, tuvo ganas de decir. Pero eso era cierto antes de que descubrieras que iba a ser abuelo. En lugar de embarcarse en viajes como éste, lo que tenía que hacer era hablar de tonterías. Las tonterías siempre funcionaban en estos casos.

—No.

Jackson le miró, con la esperanza renovada.

—¿De veras?

—Sí. Si hoy no tengo nada malo, no puedo morirme mañana. No hay tiempo suficiente.

—¿Y un accidente de coche?

Que cualquiera de cualquier edad podía tener en cualquier momento, so tonto.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque mañana no vamos a ningún sitio en coche.

—Pasado mañana.

—Ni al otro.

—¿Cómo vamos a conseguir comida?

—Tenemos toneladas de comida.

Tucker no quería pensar en si se morirían de hambre o no si no podían ir a ningún sitio en coche. Quería pensar en lo mayor que era, y en cómo

habría de morir pronto, y en cómo toda su vida pasada parecía haber transcurrido sin que él se diera siquiera cuenta.

Tiempo atrás, Tucker se había prometido a sí mismo sentarse ante un papel para tratar de dar cuenta de sus dos décadas pasadas. Escribiría esos años — uno debajo del otro— en la parte izquierda, y al lado de cada cual escribiría una o dos palabras —palabras que darían cierta idea de lo que lo había mantenido ocupado durante esos doce meses—. La palabra «bebida» y un buen puñado de comillas debajo (con el sentido de «lo mismo», «lo mismo», etc.) serviría para resumir el final de la década de los ochenta; de cuando en cuando cogía una guitarra o un bolígrafo, pero la mayor parte del tiempo se la pasaba viendo la televisión e ingiriendo whisky escocés hasta perder el conocimiento. Había otras palabras más saludables que podría usar más adelante en el tiempo —«pintar», «Cooper y Jesse», «Cat», «Jackson»—, pero en realidad ni siquiera ellas lograban dar cuenta de todos los meses que él les pediría que explicasen. En sus años de pintor, ¿cuánto tiempo había pasado realmente en aquel apartamento alquilado y mínimo que utilizaba como estudio? ¿Seis meses? Y sus hijos, en los años en que nacieron... Los había llevado a pasear, por supuesto, pero se habían pasado un montón de tiempo de lactancia, o durmiendo, y él les había observado mientras hacían ambas cosas. Pero observar era también una actividad, ¿no? Uno no puede hacer muchas otras cosas mientras está observando.

A veces pensaba en lo que habría escrito su padre si le hubieran puesto delante una hoja de papel con la lista de todos sus años de adulto. Su padre había tenido una vida larga y productiva: tres hijos, un matrimonio sólido y bueno, un negocio de tintorería. ¿Qué escribiría frente a, pongamos, «del 61 al 68»? «¿Trabajo?» Esa palabra daría perfecta cuenta de siete años de su vida. Y Tucker tenía la certeza de lo que habría puesto al lado de 1980: «Europa.» O, probablemente: «¡EUROPA!» Había esperado mucho tiempo para volver, y había disfrutado de cada segundo de su estancia, y aquellas vacaciones de toda una vida duraron un mes. Cuatro semanas, ¡de sus cincuenta y dos años! Tucker no estaba tratando de nivelar las diferencias: sabía que su padre era mejor hombre que él. Pero cualquiera que se pusiera

a la tarea de dar cuenta de sus días de este modo iba a tener que preguntarse adonde habían ido los años y qué se había perdido en ellos.

Jackson estuvo lloroso el resto de la tarde y comienzo de la velada. Lloró al perder al tres en raya frente a Lizzie; lloró cuando le lavaron el pelo; lloró al pensar en la muerte de Tucker; lloró cuando no se le permitió bañar el helado en salsa de chocolate. Tucker y Cat habían supuesto que seguiría levantado y cenaría con ellos, pero estaba tan agotado por el exceso emocional que acabó yéndose a la cama pronto. Segundos después de que el chico se durmiera, Tucker cayó en la cuenta de que había estado utilizando a Jackson como rehén: nadie iba a meterse claramente con él mientras su hijo estuviera presente. Cuando bajó y se reunió con Lizzie y con Cat en el jardín, llegó justo a tiempo para oír que ésta decía, esquinadamente:

—Eso es lo que acabará haciéndote.

—¿Quién acabará haciéndole qué a quién? —dijo Tucker alegremente.

—Lizzie me estaba contando que a su madre tuvieron que hospitalizarla cuando la dejaste.

—Oh.

—Nunca me lo contaste.

—Nunca salió a colación cuando empezamos a salir juntos.

—Extraño, ¿no?

—No, no es extraño —dijo Lizzie.

Y siguieron de esa guisa. Cat había decidido que se sentía lo bastante cómoda con su nueva hijastra para brindarle una franca evaluación del estado de su matrimonio.

Lizzie, recíprocamente, le brindó una evaluación franca del daño que Tucker había causado con su ausencia. (Mientras lo hacía se protegía el vientre —observó Tucker—, como si temiera que él fuera a atacar al feto con un cuchillo en cualquier momento.) Tucker, juicioso, asintió en silencio ante varios puntos, y de vez en cuando sacudía la cabeza con aire comprensivo y solidario. De tanto en tanto, también, cuando las dos mujeres simplemente le miraban, se encogía de hombros y fijaba la mirada en el suelo. No parecía tener demasiado sentido ningún intento de

defenderse, y, en cualquier caso, tampoco habría sabido bien qué línea de defensa adoptar. Había un par de errores en la relación de hechos que ambas intercambiaron, pero no valía la pena tratar de subsanarlos: ¿a quién le importaba realmente que Natalie, en su amargura y su rabia, le hubiera contado a Lizzie, por ejemplo, que Tucker se había acostado con otra mujer *en su propio apartamento*? El error estaba en el lugar, no en el acto de infidelidad en sí mismo. La única palabra que hubiera explicado las cosas, la mayoría de las veces, era «ebriedad». Podría haberla esgrimido a intervalos regulares, e incluso al final de cada frase, pero —casi con toda seguridad—, no habría servido de nada.

Al final de la velada, condujo a Lizzie a su cuarto y le deseó las buenas noches.

—¿Estás bien ya? —dijo Lizzie e hizo una mueca, remedándole, como si Tucker se hubiera pasado toda la noche soportando un fuerte ardor de estómago.

—Oh, sí. Estoy bien. Me merecía esos reproches.

—Espero que arregles las cosas con Cat. Es adorable.

—Sí. Gracias. Buenas noches. Duerme bien.

Tucker bajó a la sala, pero Cat se había ido: había aprovechado su ausencia para irse a la cama sin él, y sin dar explicaciones. Ahora solían dormir en cuartos separados, pero se hallaban en un momento curioso de su relación en el que el hecho de no dormir juntos no se daba por descontado, sino que hablaban de ello cada noche. O al menos lo mencionaban.

—¿Estás bien en el cuarto de los invitados? —le preguntaba Cat, y Tucker se encogía de hombros y asentía con la cabeza.

En un par de ocasiones, después de una discusión realmente violenta que parecía haberlos llevado hasta el punto de no retorno, él la había seguido al dormitorio y habían acabado arreglando las cosas. Pero aquella noche no hablaron de ello. Ella desapareció, sin más.

Tucker se fue a la cama, leyó un poco, apagó la luz. Pero no podía dormir. *No eres tú realmente, ¿verdad?*, le había preguntado aquella mujer, y se puso a darle vueltas a la cabeza a las posibles respuestas. Al final se levantó y bajó y encendió el ordenador. Annie iba a obtener más de lo que había imaginado.